

Cualquier cosa, menos quietos

universoquieto

Número 111 - Octubre de 2019 - Distribución gratuita www.universocentro.com



Entre administraciones y oficinas

Hace cuatro meses comenzó en Medellín una súbita reducción de los homicidios. La ciudad pasó de tener 75 muertes violentas en mayo a 38 en el pasado septiembre. En ese pequeño lapso tuvimos el mes más violento en los últimos cinco años y el mes más “tranquilo” en los últimos dos años y medio. En junio pasado el aumento de homicidios con respecto a 2018 era cercano al 35%. Luego de la primera semana de octubre la cifra es exactamente igual en los primeros nueve meses y siete días de 2018 y 2019. Un corte semejante, tan preciso en el tiempo, como si se tratara del inicio de una nueva temporada, hace inevitable que se piense en un acuerdo entre estructuras ilegales en el valle de Aburrá, oficinas han terminado por llamarse aquí con un dejo de sofisticación.

Entre periodistas e investigadores ha comenzado a mencionarse una supuesta reunión en La Picota, en Bogotá, el primero de junio, en la que hombres de los grandes bandos acordaron buscar un poco de orden, respetar territorios y rentas, evitar calenturas mayores. Al parecer los peligros de que las luchas en Bello se regaran por todo el valle eran ciertos y fue necesaria una “cumbre”. No hay noticias de la participación oficial pero alguien, al menos, tuvo que facilitar la sede.

La administración de Federico Gutiérrez acabó con su primer secretario de seguridad, Gustavo Villegas, en la cárcel con una condena por lo que la Fiscalía llamó “acuerdos siniestros” con un sector de la oficina. Al parecer, Julio Perdomo, el patrón de la Comuna 8, fungía como el “policía malo” en los primeros meses del gobierno municipal. Luego de eso el discurso desde la alcaldía ha sido el de la guerra de frente contra los líderes de las bandas. Y toca decirlo, las capturas y la percepción entre el hampa muestran que la pelea se ha dado más allá de las declaraciones oficiales. Resulta entonces paradójico que un gobierno víctima de los acercamientos a los pillos en el inicio de la administración, y orgulloso de su postura de cero tolerancia y nulo contacto con los armados desde hace tres años, pueda terminar su mandato con el 2019 como único año con reducción de homicidios gracias a un pacto entre oficinas.

“Hagan sus acuerdos, pero bien lejos y no me cuenten”, parece ser la política obligada para quienes llegan a la alcaldía de Medellín. Los picos de violencia en la ciudad hacen imposible negar que ambiciones, venganzas y ajustes entre criminales signan los peores años; a la vez que treguas, repartijas y silencios marcan los días de relativa tranquilidad. La criminalidad sigue siendo la que decide los ciclos de la crónica roja en Medellín, mientras la policía ataja riñas, se unta en algunas esquinas turbias e intenta contentar al alcalde con la captura de los más buscados en los carteles. La Fiscalía por su parte se dedica a tramitar los principios de oportunidad y los casos por concierto para delinquir contra cabecillas que vuelven a la calle a los tres o cuatro años de la caída.

La pregunta importante en medio de ese cuadro que se ha repetido por décadas, la cuestión moral y política, la encrucijada institucional es si vale la pena y si es posible un papel más activo y menos encubierto de las administraciones en esas inevitables negociaciones entre bandidos. Por supuesto no se trata de negociaciones con grupos que amenazan con tomarse el poder. No se negocian las reglas fundamentales ni las leyes que soportan el Estado de derecho. Aquí se trata de pragmatismo y de la posibilidad de “domesticar”, paso a paso, a delinquentes que imponen algunas reglas sociales y se lucran de rentas ilegales. ¿Podrían las administraciones municipales, acompañadas de la Fiscalía, alentar esas negociaciones? ¿Sería lícito que el Estado fuera tras algo así como la “reducción del daño” en territorios que le han sido ajenos? ¿Está obligado el poder institucional a repudiar todo tipo de acercamiento entre facciones enemigas más allá de la búsqueda de capturas y condenas? ¿La defensa de la vida justificaría algunas renuncias a la fuerza legítima del Estado? ¿Pueden ser esas negociaciones una estrategia para disminuir el poder de los ilegales y proteger a las comunidades?

Hace casi treinta años, en medio de una violencia que obligaba al alcalde de Medellín a pedir auxilio en Bogotá, las preguntas eran similares. Hoy el poder oficial está bastante más consolidado y el mando ilegal es menos fuerte y menos caótico. Pero se impone un “orden” de miedo sobre muchas zonas de la ciudad. Se exigen pagos por seguridad y se maneja una importante

porción del pequeño comercio por parte de las bandas. La violencia homicida ha bajado de manera drástica pero sigue presente un “manejo” impuesto a pistola.

En 1990 el periódico *El Mundo* planteaba una posible negociación en un artículo titulado: “Plantean una solución al sicariato”. Se decía que doscientos sicarios estaban dispuestos a dejar el fierro y la moto. “Diálogo, desarme, amnistía o indulto no deben convertirse en temas tabú a la hora de impulsar un esfuerzo de reconciliación, si bien tampoco pueden ser armas que sirvan para derrocar el imperio de la ley... ¿Hablar con quien encarna una de las más crueles expresiones de la delincuencia común? ¿Concederle estatus de interlocutor a quien por dinero segó durante el primer semestre del año la vida de 1643 personas en Medellín? Difícil aceptarlo y quizás no ocurra, pero algo está claro: representantes de la justicia, los organismos de seguridad, la Iglesia, y otros sectores no menos representativos están dispuestos a contribuir para que el sicariato sea erradicado mediante procedimientos distintos a la fuerza”.

Nuevas patrullas, un helicóptero, refuerzo a cuadrantes, cámaras y récord de detenciones resultan ser más indicadores de inversión que de seguridad. Al parecer las muertes solo las pueden evitar quienes están acostumbrados a producirlas. Entre otras porque la Fiscalía no logra siquiera la condena de uno de cada cinco asesinos. ¿Valdrá la pena reconocer esa impotencia y buscar un papel más modesto? ☹



DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA
– Juan Fernando Ramírez

EDICIÓN
– Pascual Gaviria

ASISTENCIA EDITORIAL
– David Eufrazio Guzmán

COMITÉ EDITORIAL
– Fernando Mora Meléndez
– Andrés Delgado
– María Isabel Naranjo
– Andrea Aldana

– Juan Fernando Ramírez
– Simón Murillo

ASISTENCIA EJECUTIVA
– Sandra Barrientos

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
– Gretel Álvarez
– Shirley Bustamante

CORRECCIÓN DE TEXTOS
– Gloria Estrada

DISTRIBUCIÓN
– La Pájara, Gustavo y Didier

Es una publicación mensual de la Corporación Universo Centro

Número 111 - Octubre 2019
18.000 ejemplares
Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM



Historias a bordo



por GLORIA ESTRADA

Ilustración: Verónica Velásquez

Embriaguez

Al parecer nadie le vio pasar la registradora del bus. Al menos yo no. Diría que empezamos a verla cuando ya estaba mal sentada en la tercera hilera de bancas, en el lado del pasillo. Vestido fucsia de manga sisa y un poco arriba de la rodilla, bolso grande dorado, las uñas de los pies y los labios pintados de rojo, una correa blanca ancha colgada en el cuello y una bolsa negra a los pies. Iba de lado, como mirando, calculando. Cuando el bus arrancó, todas las sillas llenas, de su paradero en el Centro, ella medio se acomodó, pero seguía sin recostarse en el espaldar. Unas cuerdas después se paró con algún trabajo, se recostó en una banca y empezó a mirarnos a todos, rápidamente, dijo que cantaría una canción para alegrar el viaje. Un verso de cantina, sus manos arrugadas y blancas agarrándose de la baranda y su bolso; un reclamo para el amigo traidor, su voz gangosa resbalando; otro verso de hasta siempre y ella ya se dejaba ver completamente ebria. “Eh, no aplaudan tanto. Les voy a cantar pues otra”. La melodía se deslizaba sin remedio por los oídos mientras los ojos de ella miraban a veces por la ventanilla, a veces a un pasajero, a veces a sus pies que atajaban la bolsa. “Si me colaboran con una monedita les agradezco”, y recorrió casi que a saltos el pasillo. No puede esperar mucho un borracho a las cuatro de la tarde. El que estaba a su lado fue el único que extendió la mano. “Jum, le descuadré el tinto, oiga”. Las risas fueron rápidas y furtivas, incluso del bondadoso. Se sentó otra vez de lado, ya no pedía, ya nos contaba: que la situación está muy dura, que usted con esos audífonos qué va a oír, que todos nosotros éramos unos tacaños y que no apreciábamos el arte. No hubo discusión, no había discusión. No suspiró, porque solo se suspira cuando hay alivio. Ahora se disponía a enderezarse en la silla. Se quitó la correa del cuello y la metió al bolso. De ahí mismo sacó una pava, la alisó un poco y se la cantó con gracia en la cabeza. Ya no más intemperie, el techo de paja clara le dio abrigo, estaba bella, estaba bien. Nos dejó de ver cuando me di cuenta de que los de a bordo podíamos en verdad empezar a verla: unas papas, una panela y unos tragos para poder seguir.

Justo antes de que el bus tomara la entrada para San Cristóbal yo tenía que bajarme. Por última vez la vi: el sombrero, unos mechones negros, el cuello recto, la soledad, la ingratitud, un amor ido, el cansancio. Quizás ya iba viéndose ella misma por dentro, todopoderosa y débil, enfocada y difusa, como lo permite, de cualquier tipo, la embriaguez.

La vida combustible

A través del vidrio de la ventanilla, a lo largo de la acera sobre la calle 57, vi los torsos sin camisas, las venas listas, la vida arrastrada. Uno, dos, ocho, veinte. Una de ellos les desfiló por el frente, media nalga afuera, un pie con chancla, una bolsa en el hombro, un nudo por pelo. Gracias a los carros parqueados a ambos lados de la vía, gracias a los carreteros y al que fumando un porro de diez centímetros sabe que domina la ancha calle, que es más suya que mía, el vehículo se movía lento y azaroso cruzando la carrera Cúcuta.

Quizás ese azare fue lo que me llevó de regreso al vaho dentro del taxi.

—¿Ah?, ¿qué dice?
—Que tanto malparido desechable.
No suspiré. Volví afuera: la cafetería abierta y sin vitrina, el balcón a un mundo desconocido, las paredes del centro de rehabilitación, el largo zaguán al corazón de la manzana del hotel Hotel.

En el aire húmedo de los días de lluvia el ruido externo parece gas inflamable.

—Yo digo que eso no es sino coger un parque, el parque más grande que haya, enrejalarlo todo y meter a todos estos hijeputas ahí. Y coger, “Usted cuánta perica se mete al día”, que diez gramos, “Bueno, tenga este kilo pero es pa que se lo meta ya hijeputa”. Y así con cada uno. Y afuera una volqueta recogiendo los pa llevarlos a una fosa común.

Hubo llamas. Al volante, en los asientos, en el motor. Gas inflamable.

Con esa sobredosis estallada por todo el cuerpo, como una bilis venenosa que supongo lo tiene intoxicado hace muchos años y lo atraviesa entero hasta salirle por la boca, llegamos a la carrera Bolívar. A embestir chécheres, u otros desechos.

Yo hubiera querido tirarme allí. De hecho, pensé que quizás en los bajos del metro encontraría por fin el repuesto que estoy necesitando. Pero empezó otra vez esa llovizna ácida y la puerta del taxi en el que nadie podía estar tranquilo tenía puesto el seguro. Muy cerca, en la estación Prado, salté con apuro y al fin pude pensar que al menos de algo, no sé de qué exactamente, ya estaba a salvo.

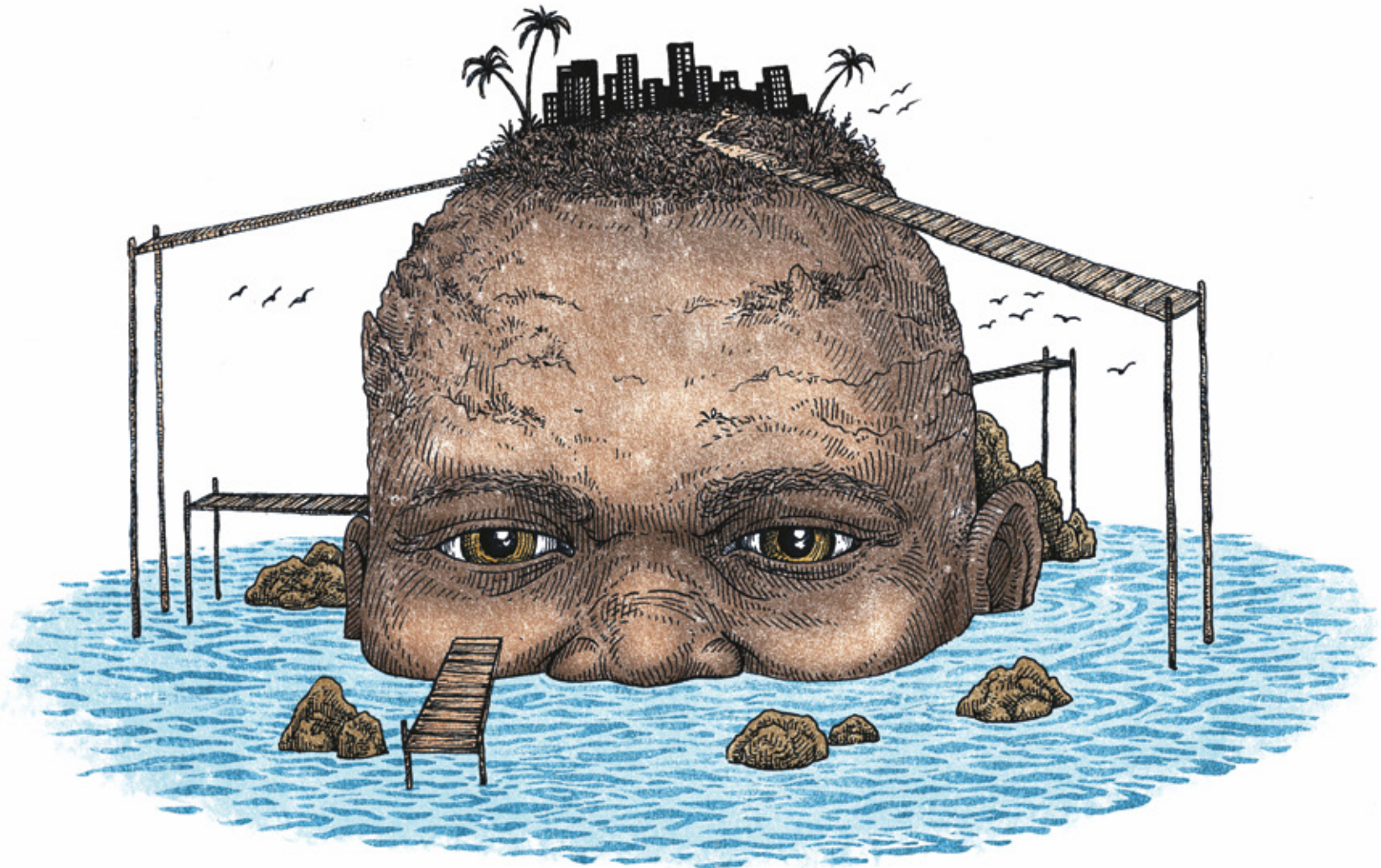
Intemperies

Anoche recordé otra vez la intemperie. Esa a la que me pareció se arrojaba la chica del bus cuando se bajó antes de las siete de la noche en la boca de un camino; seguro rumbo a una casa con tejado bajito para contrarrestar el frío y a la que llegaría después de transitar un trecho sin más techo que nubes atormentadas y una luna muy esquiva. Aunque viajaba sola, en el bus era parte de algo, al menos de una especie confundida y azarosa, de una tristeza común que se cocinaba con canciones de un sujeto español que se diría estaba imitando al cantante guatemalteco. Durante una parte del trayecto ella había estado en el teléfono diciendo, “Amor, escúcheme” a un Alfredo al que le aconsejaba cuidar el carro que le da de comer, al que le dijo que hoy había aprendido a vivir la vida y que “lo que la gente como nosotros tiene que hacer es trabajar y quererse”. Claro que estaba un poco ebria, se podía ver cuando el conductor encendía las luces para recibir el pasaje de individuos o parejas que se lanzaban a su propia intemperie, en la montaña o en el caserío o en el corazón; y se podía escuchar en el cabeceo risueño de una que otra palabra. Me pareció entonces que a bordo podíamos ser poderosos, enfrentar a las bestias, salvar los heridos. Fuera cada uno como fuera, estuviera como estuviera: regado sobre la silla, fusilado por el cansancio, chateando en el celular, mirando nada al frente, con el cuello al vaivén de las curvas, pensando o echando cuentas, ebrios de lo que nos suele embriagar. Ella, la chica sabia, mi vecino del lado que se batía entre eruir la cabeza y sostener la canasta con mecatos, la señora que se la pasó llamando a Henry, yo que me dejé llevar por la modorra pero por ponerme a escuchar lo que decían las canciones ya me iba a poner a llorar... Podíamos ser uno cuando quisiéramos, cuando lo necesitáramos. No importa que al final nos espere a cada uno la intemperie, pasajera o permanente, el lugar en el que estamos solos con nuestros miedos y esperanzas, siempre que podamos salir de allí una y otra vez. ☹

Diario de Kingston

por FORREST HYLTON

Ilustración: Tobías Arboleda



En memoria de Carlos Ortega, q.e.p.d.

Tampoco tenía muchas esperanzas. Sabía a qué venía a Kingston, a buscar documentos relacionados con el comercio boyante que los alaulayus wayuu sostenían con los británicos en el siglo XVIII y principios del siglo XIX, cuando los alaulayus les vendían mulas, caballos, perlas, sal y esclavos Cocina a cambio de esclavos africanos, telas, ron, tabaco, armas, pólvora y municiones. Sabía que era como buscar una aguja en un pajar, como dicen mis paisanos, porque la mayor parte de los archivos sobre el comercio marítimo está en Londres, no en Kingston. Ni modo. Así funcionaban los imperios.

Sabía que el Kingston de hoy era una especie de cruce infernal entre Medellín y Riohacha, y conozco a las dos ciudades hace muchos años, pero no estaba preparado. Llegando al aeropuerto internacional Norman Manley, en lo que había sido Port Royal, asentamiento anterior a Kingston que fue destruido por un terremoto en 1692, mientras padecía un calor riohachero, entendí por qué el puerto de Kingston fue tan estratégico. Un estrecho largo y delgado protege una gran bahía de aguas profundas que da lugar a una planicie estrecha, la llanura Liguanea, rodeada por montañas de la Sierra Azul, famosa por su café de exportación. En una época en que la piratería fue la política

oficial de la Corona británica, Kingston fue un paraíso de piratas, gobernado en su momento por Henry Morgan. “Descubierta” por Colón en su tercer viaje de 1494, Jamaica no tiene huella ibérica. Los ingleses la tomaron de los españoles en 1655 como punta de lanza contra su imperio, con piratas como Morgan a la cabeza.

Los banqueros, comerciantes, oficiales coloniales, dueños de plantaciones y sus representantes parlamentarios ingleses convirtieron a Jamaica en la colonia azucarera más rica del imperio británico, y Kingston se convirtió en el mercado de esclavos más grande del Caribe. Durante el siglo XVIII los esclavos alcanzaron a ser el noventa por ciento de la población en Jamaica, y la isla, además del azúcar, fue pionera en la producción de café y algodón. Junto con Brasil y Haití, Jamaica fue el cementerio más grande de las Américas para los africanos, donde la mayoría de los hombres esclavos morían tras cinco o siete años en el país y sin tener hijos. Al mismo tiempo, Jamaica fue cuna de una cultura africana americana, nueva y *sui generis*, evidenciada hasta en sus ritos funerarios. A pesar de los numerosos cimarrones en las amplias zonas montañosas del interior, algunos reconocidos oficialmente por la Corona inglesa, y a pesar de las revueltas poderosas como la de Tacky en 1760, que fue aplastado por los mismos cimarrones, Jamaica no

fue Haití, e Inglaterra no fue Francia: no hubo revolución finalizando el siglo XVIII, sino contrarrevolución y mayor producción de azúcar y café.

Los ingleses abolieron la esclavitud en las Antillas en 1838, luego de un gran levantamiento de esclavos siete años antes. El ocaseo de Haití y el surgimiento de Cuba y Puerto Rico, orientados a los nuevos mercados de los EE. UU., además de los puertos de Nueva York y Nueva Orleans, dejaron a las Antillas británicas en declive. Mientras el imperio victoriano, basado en la gran industria textil y la esclavitud en el sur de los EE. UU., se expandía en África, Asia y Suramérica, después de la abolición de la esclavitud la gran mayoría de los jamaquinos, antiguos esclavos, se volvieron pequeños campesinos y comerciantes pobres, desarrollaron circuitos mercantiles propios o migraron como obreros de caña a Cuba, Costa Rica, Panamá y Florida, algunos de forma temporal y otros de manera permanente.

También desarrollaron una cultura política democrática que, con la caída dramática de los precios de azúcar y café en el mercado mundial, desembocó en una huelga general en 1938, iniciada por los trabajadores de caña seguidos por los de banano, además de los estibadores, conductores de buses y tranvías, recolectores de basura en Kingston. Fue el comienzo del fin del colonialismo inglés en el Caribe y dio lugar al partido social demócrata,

PNP, dirigido por Norman Manley y vinculado a los sindicatos. El PNP, dirigido por el hijo de Norman Manley, Michael Manley, gobernaría a Jamaica en los años setenta, después de diez años del manejo neocolonial del partido rival, JLP, nacido en 1943, también vinculado a los sindicatos y a la huelga del 38. A diferencia del PNP, no era socialdemócrata sino populista de derecha al estilo de la Anapo en Colombia.

Desde 1943 hasta la década del setenta la población de Kingston casi se duplicó y en su competencia electoral por repartir puestos de trabajo, vivienda y favores a cambio de votos, los dos partidos, cada uno con su confederación de sindicatos, construyeron distritos electorales exclusivos, que eran a la vez feudos manejados por combos de pistoleros, los famosos *rude boys* dirigidos por capos, los *dons*.

Esta historia se hace presente en el recorrido del aeropuerto hasta Patrick City, donde tengo un Airbnb alquilado en un barrio, lindero entre clase media y baja, cerca de Washington Boulevard, arteria principal que atraviesa el norte de la ciudad del este a oeste. Saliendo de la autopista Norman Manley pasamos por Downtown y la famosa Cárcel General, referenciada en muchas canciones de reggae.

Downtown es un lugar tan real como imaginario: representa el pasado colonial con su patrón de ordenamiento

cuadrulado, el lugar del comercio, las finanzas, los bancos, los edificios públicos y el mercado popular (Coronation Market), pero también la pobreza, el abandono, el peligro y la violencia de los guetos aledaños de West Kingston, donde cientos de miles viven hacinados en condiciones parecidas a los barrios de desplazados en Riohacha.

Entrando en Tivoli Gardens hay algunas personas caminando y se ven los huecos dejados por balazos en la pared que separa a Tivoli de Denham Town. En 2010 la policía jamaquina masacró a decenas de jóvenes de la “República de Tivoli” en su esfuerzo exitoso por capturar a su *don*, Christopher ‘Dudus’ Coke, conocido como Presidente. Igual que su papá, Lester Coke, alias Jim Brown, Dudus tenía lazos estrechos con el JLP, simbolizado por un afiche enorme de Edward Seaga en la esquina de Industrial Terrace y Spanish Town Road. Mientras Dudus mandaba, debido precisamente a su monopolio sobre la fuerza, la tasa de homicidios en Tivoli era mucho más baja que otras zonas de West Kingston, algunas de las más violentas del planeta.

Se habla de estados paralelos, pero más que hacerle competencia al Estado, los *dons* como Dudus viven en una simbiosis flexible y pragmática con los políticos y los funcionarios de las burocracias estatales y las ONG, y sirven de mediadores entre Downtown y Uptown, entre la ciudad/país formal y la ciudad/país informal de los *sufferers* (los negros pobres y sufridos). Los *dons* tienen sus propios sistemas de justicia, cobro de tributos, provisión de servicios, ritos públicos como los bailes callejeros, y a través de las constructoras y los contratos para obras públicas proveen algo de empleo. Es un sistema violento, autoritario y antidemocrático, y desde el comienzo de la época de la austeridad a finales de los años setenta, cuando el gobierno jamaquino se volvió adicto a los préstamos del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, no llega la inversión por parte del Estado. Un clientelismo privatizado y minimalista que promete seguridad a cambio de votos, nada más.

Saliendo de Tivoli Gardens, pasamos por Trenchtown donde hay un pequeño museo en honor a Bob Marley y placas en otras calles señalando leyendas de reggae del barrio como Peter Tosh, Alton Ellis, Delroy Wilson, The Abyssinians, The Paragons y los Wailing Souls. ¿Qué explica ese predominio de Trenchtown frente a otros guetos de West Kingston en cuanto a la producción de reggae de raíz, es decir, clásico? La historia nos da la clave: Tivoli Gardens había sido Back O’Wall, un barrio del PNP destruido por Edward Seaga en el verano de 1966, lo que provocó el éxodo de cientos si no miles de rastas hacia Trenchtown. Además, desde

finales de los años cuarenta había en la calle novena un grupo de rastas jóvenes que ya eran adultos a mediados de los sesenta.

La música, primero rocksteady y después reggae, hablaba de la situación de desempleo y hacinamiento, de la falta de transporte y alimentos, de la escasez de agua... y, a través del rastafarianismo, afirmaba las raíces africanas de la cultura popular urbana que surgía, al tiempo que evocaba la cultura campesina posterior a la emancipación. Todo para hacer frente al racismo de la sociedad criolla dominante. Los jóvenes de Trenchtown dieron forma sonora a las fracturas históricas y políticas que marcaron y siguen marcando la geografía de su barrio y su ciudad. Por eso no mueren y mantienen su vigencia más allá del turismo. Si la idea es caminar por Trenchtown tomando fotos, que sea con uno de los guías locales conocedores de la historia y el territorio. Junto con El Salvador y Venezuela, Jamaica tiene las tasas de homicidio más altas del mundo.

Saliendo de Trenchtown vemos a Jonestown a la derecha y tomamos Maxwell Avenue hacia el norte, y Half Way Tree, donde todos los caminos se cruzan, y Uptown se divide de Downtown. De allí vamos por la calle Molyneux hasta llegar a Washington Blvd., y cruzando Constant Spring Gully, llegamos a nuestro destino, Patrick Drive. Lo escogí porque queda a veinte minutos en bus de los archivos en Spanish Town. La casa en la que me estoy quedando es un dúplex de cemento, color verde, con un calor riohachero, sin aire acondicionado ni ventilación, pero con ventiladores y “seguridad”: arriba del televisor tiene un sistema con unas seis cámaras que vigilan todas las entradas a la pequeña propiedad. Refleja perfectamente la paranoia, tal vez justificada, de la clase media y media baja frente a la gran mayoría empobrecida, que puede llegar a ser sesenta por ciento de la población de Kingston.

Antes del atardecer, camino unos cinco minutos hasta la plaza más cercana en busca de comida. Hay transeúntes volviendo del trabajo, pero por mi lado, voy solo. No hay tiendas de barrio, propiamente, menos bares ni restaurantes, solo unos puestos de comidas rápidas. Encuentro un lugar pequeño que vende comida, rica pero pesada, pollo o pescado, dependiendo de la hora, con arroz y frijolititos, se compra para llevar. En el centro comercial que queda al otro lado de Constance Spring Gully hay un supermercado que tiene verduras y frutas, pero como todo en Jamaica, los precios son casi americanos. Ni la clase media tiene con qué sostener una dieta sana.

Washington Blvd. marca un límite entre el norte y el sur de la principal arteria este-oeste. Hay barrios de una clase media negra empobrecida que

sirven como filtro entre los guetos negros de West Kingston/Downtown y las zonas más prósperas y cafés de Uptown. Más al norte de los barrios modestos cercanos a Washington Blvd., como Duhaney Park, Patrick City, Pembroke Hall, Maveryly, Hughenden, comienzan los barrios de los ricos: Queen’s Hill, Havendale, Belgrade Mews y Constant Spring. En la mitad, una clase media precaria, tal vez comparable con la de Riohacha o Santa Marta, a un paso de la ruina.

Igual que San Juan y Ciudad de Panamá, y ¿por qué no? Medellín, Kingston es impensable salvo en relación con Miami en términos del modelo de desarrollo basado en turismo, propiedad inmobiliaria, servicios financieros, seguros, seguridad privada, centros comerciales, comidas rápidas, autos y autopistas, informalidad; e igual que La Habana, dependiente de las remesas que vienen de la diáspora en el sur de Florida. En ese sentido, Kingston es más parecido a San Juan o Ciudad de Panamá, pero sin centro histórico y sin la conexión tan estrecha con los capitales y el gobierno de los EE. UU. En comparación con Kingston, en términos de infraestructura, transporte, servicios, y distribución de mercancías, San Juan y Ciudad de Panamá están al nivel de Miami. Aparte del transporte pirata, Kingston tiene cuatrocientos buses municipales para una ciudad de más de un millón de habitantes (incluyendo a Spanish Town, con casi 150 000 y Portmore, con más de 180 000, al oeste de la ciudad), es decir la tercera parte de la población de la isla. Por la mañana, camino por Patrick Drive, guerroo el tráfico pesado hacia Downtown cruzando Washington Blvd., cojo el bus para Spanish Town, que va vacío a las 8:30 a. m. porque la gran mayoría va en dirección contraria, hacia el este, lo que cambia a partir de las dos de la tarde, cuando el tráfico hacia Spanish Town y Portmore se vuelve trancón.

Después de la abolición de la esclavitud en 1838, Kingston desplazó a Spanish Town en términos de población y se convirtió en la capital a partir de 1872, dejando a Spanish Town en el abandono y el olvido. Desde 1970 la población de Spanish Town ha crecido casi tres veces y ahora tiene barrios de clase media, aparte de los guetos y lo que llaman los *tenements*, es decir la vivienda urbana anterior a la independencia. Caminando por las calles White Church y King, en medio de la bulla del los bocinas, altavoces y picós, y atravesando el polvo de tránsito, paso por la cárcel de Spanish Town, la Catedral de San Jago de la Vega, iglesia anglicana de ladrillo construida en 1714, y por la calle King encuentro el concejo, el correo, la corte y el archivo.

Con un calor húmedo tirando a cuarenta grados a las 9:20 de la mañana, entrego mi mochila y entro a un frigorífico, donde se necesita bufanda, camisa

de manga larga y pantalones. El internet no está funcionando. Hay dos mesas pequeñas donde los investigadores pueden consultar los documentos. Cuando vuelvo el lunes tampoco está funcionando el internet, lo que hace imposible buscar la información. Por suerte, la archivista me hace una lista de los documentos que podrían ser relevantes para mi estudio, y los voy consultando, pero nada que ver. Ni modo. A veces la investigación histórica es así.

El día siguiente voy en taxi a la Biblioteca Nacional y al Instituto de Jamaica, que queda en Downtown cerca de los principales bancos y oficinas gubernamentales, pasando por el puerto y la zona industrial. En el primer piso, la Biblioteca Nacional tiene tres mesas donde se puede consultar material. No hay sino un par de señores mayores leyendo el periódico. Quiero consultar las ediciones más antiguas de *Jamaica Gazette*, que comienzan en la década de 1780, pero resulta que no tienen sino a partir de 1846, y están en el segundo piso, donde hay una sola mesa para lectores además de una pintura de Gregory Isaacs, el cantante de los cantantes. Consulto los años 1846 y 1848 pero no encuentro referencias al comercio con La Guajira, lo que no me sorprende, ya que la posición de Kingston en la economía mundial y dentro del imperio británico había cambiado considerablemente desde el siglo XVIII.

Después de leer sobre los pormenores de la sociedad criolla jamaquina, donde veo que el robo de mulas y caballos se volvió generalizado después de la abolición de la esclavitud, paso al Instituto de Jamaica, que es una especie de museo nacional. Un amigo me recomienda el Museo de la Música, pero aparte de los vigilantes, la única persona presente es la encargada de la historia natural, que dice no saber nada de música. Nos lleva a la parte del edificio donde están los instrumentos musicales que ha logrado juntar el director y su equipo. Son dos salones pequeños en los que tienen uno de los tambores del día la emancipación de 1838, la armónica de Augustus Pablo y la máquina de percusión de Sly Dunbar.

Es increíble la repercusión mundial de esta música y de estos músicos, sobre todo considerando la precariedad de sus instituciones e infraestructura. En últimas, y a manera de conclusión, acuerdo con Colin Clarke, el historiador de Kingston, que dice: “Jamaica ha elaborado una política de estancamiento e impotencia, un juego de suma cero que se trata de la deuda, la pobreza, la violencia y el miedo que derrotan las metas de independencia proclamadas en 1962”. Como los demás países del Caribe y Centroamérica, Jamaica sigue en un callejón sin salida bajo la sombra del águila del norte. No hay mucho que esperar para el futuro, pero el pasado sigue vivo. ☺

itaca

Somos itinerantes, llegamos a tu casa.

(+57) 320 790 89 77

@restaurante.itaca

Carrera 42 # 54-49

Gastronomía personalizada, embutidos artesanales.

Café-Bar

CASA DE ASTERIÓN

Músicas del mundo, arte, bebidas y cafés

Calle 54 # 42-07 Centro • Tel: 216 8302

Fb: @CasadeAsterion

Ademanes de cancillería

por JUAN ÁLVAREZ

Ilustración: Raeioul

“Es la injuria más espléndida que conozco”, escribió Borges. Fue en 1936 en el texto *Dos Notas. Arte de injuriar*, donde desarrolla un catálogo reflexivo sobre la sátira y el insulto como contrapartes del argumento.

La frase se refiere a una injuria propinada por el panfletario colombiano José María Vargas Vila en contra del poeta peruano José Santos Chocano.

Las circunstancias de la ofensa no importan. El maltrato propiamente tampoco. Si lo anoto aquí es por deleite: “Los dioses no consintieron que Santos Chocano deshonrara el patíbulo, muriendo en él. Ahí está vivo, después de haber fatigado la infamia”.

Ahora lo que importa: la frase de Borges no acaba allí. Pero alguien sí quiso que acabara allí.

Fue un tal Aníbal Noguera, autor de la entrada biográfica sobre Vargas Vila en el *Manual de literatura colombiana*, publicado en 1988 por Procultura. Noguera hizo del elogio que se lee en la frase la puerta de acceso al “arte de la injuria” de Vargas Vila. Era la oportunidad de una legitimación borgiana, y se lanzó a aprovecharla, sin pudor o rigor crítico alguno. Y con el bisturí para cortar en el punto preciso.

Porque ocurre que la oración completa de Borges dice así: “[...] es la injuria más espléndida que conozco: injuria tanto más singular si consideramos que es el único roce de su autor con la literatura”.

Vargas Vila no está citado por Borges porque Borges quisiera elogiarlo; está citado para ejercer uno de los casos tratados en su ensayo: el uso de términos laudatorios para insultar. Está citado para convertirlo en el retruécano retórico del que los ensayos borgianos no se privan jamás: actuar, desde los límites del lenguaje, la materia misma tratada. *Insultar* cuando de *hablar del insulto* se trata.

Contrario al orgullo-patriota-noguera con el que los manuales de literatura colombiana citan la mención de Borges, lo que el ensayista cumple, a expensas del pastor de tempestades, es su propia oportunidad de insulto, su recochineo verbal, su ejemplificación práctica de la materia tratada. Un cierre ejemplar desde la forma: Vargas Vila excluido de la literatura; el insulto cabal.

Alguna vez me convencí de que este hecho libresco cifraba un rasgo de la idiosincrasia nacional. Una relación, remota acaso, con el ánimo frentero de algunos regionales; o con la lagartería hacia lo extranjero.

(Me convencí aún más el día que se supo que el presidente Iván Duque, impaciente porque un premio Nobel no le firmaba su libro, resolvió falsificar la firma él mismo).

Pero no hay tal relación.

(Era fácil notarlo. Este tipo de extrapolaciones casi nunca son acertadas, así sean, hoy en día en Colombia, el sustento retórico del 85 por ciento de las columnas de opinión).

El uso esnob de la cita de Borges por parte de Noguera es solo eso: un uso esnob, no riguroso, de unas líneas leídas a conveniencia para poder pensar lo que de antemano ya quería pensar.

Noguera no actúa un rasgo singular colombiano; actúa, simplemente, un atajo entre las ideas, rasgo común, ese sí, de la crítica literaria como veredicto.

Cuando pienso en formas de escritura, insulto y circunloquios, pienso inmediatamente en la “nota de protesta diplomática”, ese además de cancillería con el que los Estados modernos han conseguido trajearse de portadores de sentimientos colectivos.

“La República Bolivariana de Venezuela se declara ofendida por las palabras proferidas...”, escriben, por ejemplo, porque qué es la *representación democrática* sino arrogaciones sentimentales desmesuradas.

La primera nota de cancillería de la historia de Colombia quizá haya sido el *Memorial de agravios* de Camilo Torres.

Una nota larga, sinuosa, que va y viene entre lo jurídico y lo político y que, tal vez, ella sí, encierra un rasgo idiosincrático diciente: no vio la luz pública cuando fue escrita (1809) porque fue autocensurada.

Torres se atrevió a hablarle (escribirle) a la monarquía española en tono amenazante, pero sus colegas criollos del Cabildo leyeron y dijeron, “Uy, no, todo lo que dices es cierto y justo, pero es demasiado”.

“[...] No es ya un punto cuestionable si las Américas deban tener parte en la representación nacional; esta duda sería tan injuriosa para ellas [...] sería suponer un principio de degradación”.

El *Memorial* de Torres actúa, fundamentalmente, como una advertencia separatista; le reclama a la Corona española para que cumpla con las cuotas prometidas de representantes americanos en igual proporción a las provincias españolas, o habrá consecuencias, porque entrará en acción aquel “principio de degradación” inaceptable. Otro insulto cabal.

Torres no lo dice así de directo o compacto. Usa los retruécanos del lenguaje de la diplomacia, es decir, se muestra *cuidadosamente indignado* mientras habla.

Y mientras habla, siembra quizá el perfil moderno del político criollo nuestro: un transmutador de ofensas; un gesticulador de honorabilidades. ☺



posgrados@eafit.edu.co Celular: +57 3226783083 - Tel. +57 (4) 2619500 Ext. 8880 / 8926

Maestría en Estudios Humanísticos: SNIES 53502 Medellín. Resolución 6174 del 5 de mayo de 2014. Vigencia de 7 años. Dur: 4 semestres. • Maestría en Hermenéutica Literaria SNIES 54790 Medellín. Resolución 20333 del 16 de diciembre de 2015. Vigencia de 7 años. Dur: 4 semestres. • Maestría en Escrituras Creativas SNIES 104806 Medellín. Resolución 12108 del 5 de agosto de 2015. Vigencia de 7 años. Dur: 3 semestres

Inspira Crea Transforma

Vigilada Mineducación



La primera Vuelta a Colombia femenina se corrió en 1982. Agrupó un lote de treinta ciclistas que sufrieron entre Cali y Bogotá. Muchas se habían formado bajo el mando del Zipa Forero y el frío del altiplano. Corrían viendo a Martín Ramírez ganar el Libéré. Luz Marina Ramírez, jefe de filas, se formó en todas las carreteras. *Tour de force*.

LA VIDA SOBRE RUEDAS

por **LUCY LORENA LIBREROS**

Fotografías: Archivo Luz Marina Ramírez

Aún hoy, treinta años después de haber dejado de pedalear de manera profesional, a Luz Marina Ramírez el ciclismo consigue acelerarle los pasos. Ahora mismo, una mañana de viernes de julio, camina con rapidez por el barrio Arboleda Baja, en la localidad de Ciudad Bolívar, en el profundo sur bogotano. Pronto logra alcanzar la puerta de su casa, una construcción esquinera de tres niveles, y subir al segundo piso donde vive, un espacio pequeño y cómodo.

Antes de salir a la calle, seguía sin parpadear la etapa 19 del Tour de Francia. Un alud de nieve sobre la vía llevó a que la organización la diera por terminada en la cima del Iserán. Los tiempos del penúltimo premio de montaña jugaron a favor de Egan Bernal, un muchacho de veintidós años, criado en Zipaquirá, que acabó de líder. Dos días más tarde, enfundado en el maillot amarillo, se convertiría en el primer colombiano en conquistar la más grande cita del ciclismo mundial.

Lo sospechaba ya Luz Marina, que desde hace años le sigue la pista a esa nueva generación de colombianos que hacen historia en Europa. “Es que el ciclismo se construye pedalazo tras pedalazo”, se le escucha decir. “Mire a Nairo: ya lo tenían crucificado cuando se ha ganado el Giro de Italia, tiene un título en la Vuelta a España y dos subítulos en el Tour de Francia. Criticarlo es ignorancia. Es hablar sin conocer este deporte. Y ese chino Egan es un berraco, ¡quien quita y se gane el Tour!”.

Luz Marina tiene el rostro esculpido en trazos fuertes, el cabello largo, los ojos verdes, 1.55 de estatura y una sencillez a toda prueba que carga como moneda suelta en los bolsillos. También una sala dominada por trofeos y fotos de otros tiempos y una memoria sin fisuras que le permite evocar con nitidez el día en que Blanca, una de sus hermanas, le contó entusiasmada que allá en el barrio La Pradera, donde crecían, estaban convocando una carrera para mujeres.

Fue casi una epifanía. Para entonces, Luzma, como la han llamado siempre, dominaba con ingenio la bicicleta. Aprendió desde muy niña, a hurtadillas de su papá, que guardaba la suya en el solar de la vieja casa de La Candelaria, en la doce con segunda, en pleno centro, donde nacieron Luz Marina y sus seis hermanos. Ella, siempre necia, se preguntaba cómo era posible que alguien consiguiera montar en ese aparato y echarlo a rodar sin perder el equilibrio. Muchas caídas después lo comprendió.

Y estuvo en esas hasta cuando Leticia Faustino, su mamá, comenzó a llevarla los domingos al Parque Nacional para competir en carreras de triciclos. No contaba más de siete años y los demás chicos vieron siempre, resignados, cómo la única niña que se atrevía a remangarse el vestido terminaba de primera.

Así que a nadie le sorprendió que ocurriera lo mismo en la competencia de La Pradera. Con quince años se quedó no solo con el primer lugar sino con la excusa perfecta para pedirles prestada la bici a sus amigos y salir a pedalear por puro gusto. Luego, también en una bicicleta, recorrería Puente Aranda entregando en las casetas, “a donde la gente arrimaba para tinar”, las delicias que producía la panadería de los Ramírez —el único rastro que quedaría del padre después abandonar la familia— y los churros y buñuelos que ella misma preparaba, animada por el anhelo de comprar su propia bicicleta.

En uno de esos trayectos, tropezó con un viejo amigo que la convidó a un paseo por La Mesa, Cundinamarca, del que participaban otros veinte ciclistas, todos hombres. Un recorrido de tres kilómetros que con cada pedalazo le dejaría para siempre a Luz



Fotografía: Lucy Lorena Libreros.

Marina tres lecciones básicas del oficio: la importancia de aprender a correr en equipo, la dureza de las carreteras y esa disciplina insobornable que aún la expulsa de la cama a las cinco de la mañana.

“Por supuesto que no era bien visto que una mujer de dieciocho años saliera a correr con puros hombres”, cuenta, mientras empuja a sorbos cortos un café que recién acaba de colar. Entonces clava sus ojos hacia la ventana y recuerda que en esos tiempos le gritaban “marimacha”. La cosa se ponía peor “si uno les ganaba. Pero se trataba de aprender y ya después los insultos me resbalaban. En 1978 me inscribí en una competencia organizada por ferreteros, por los lados de Girardot, 78 señores y yo. Acabé de cuarta. Ese día, pienso ahora, fue el comienzo de mi historia en el ciclismo”.

El país había aprendido a soñar, a través de transistores, con las gestas de escarabajos como Efraín ‘el Zipa’ Forero, campeón nacional de ruta, campeón centroamericano de la persecución por equipos y a la postre ganador de la primera Vuelta a Colombia, que se corrió del 5 al 17 de enero de 1951, en tiempos en que solo existía una buena carretera en el país. Diez etapas, 1137 kilómetros, 35 pedalistas de siete departamentos. A través de la radio, los colombianos fueron notificados de que Efraín Forero Triviño, a sus diecinueve años, “cruzaba como vencedor en Muzú, al sur de Bogotá, donde una multitud de treinta mil personas lo recibió. Se convirtió en el primer gran héroe deportivo nacional”, como lo recuerda el periodista Mauricio Silva Guzmán.

Sería justamente el Zipa quien se cruzaría en el camino de Luz Marina para hacer realidad un sueño largamente aplazado: crear el primer equipo femenino de ciclismo en el país, pues no pasó mucho tiempo

antes de que ella comenzara a advertir que existían más chicas entusiasmadas por pedalear. Coincidió con Stella Lancheros, que vivía en Kennedy. Luego con Victoria Awazaco, oriunda de Boyacá. “Un día les dije: uniformémonos y salgamos a rodar juntas”.

Era 1982 y con ese entusiasmo las sorprendió el Zipa a quien Luz Marina conoció en Monserrate cocinando un plan ambicioso: formalizar el ciclismo femenino. La idea era buscar patrocinio, promover carreras exclusivas para ellas y atraer la atención de la prensa. Los entrenamientos, comandados por Forero y su naciente escuela de ciclismo, consistían en correr por Sasaima, La Vega y La Mesa, en Cundinamarca, sin más ambición que mantener un buen estado físico. Hasta que encontraron en la complicidad del dueño de Maquipán, empresa productora de equipos de panadería, y el dinero para pagar las inscripciones de las chicas en carreras de hombres.

Comenzaron veinte. Luzma se ve a sí misma en 1982, vestida de trusa, camiseta y gafas oscuras de lentes grandes sonriendo para alguna imagen casual que atesora como otro más de los trofeos que tiene en la sala de su casa. “Mientras las mujeres luchábamos por hacernos a un lugar, los hombres triunfaban en el exterior. Martín Ramírez, por ejemplo, ganó la Dauphiné Libéré en Francia, y logró que se masificara el deporte. Por los transistores se transmitían hasta las carreras de los barrios. Se sentía en el ambiente un furor tremendo por el ciclismo. Es que los colombianos han sido siempre muy cercanos a la bicicleta. Era símbolo de trabajo, de esfuerzo. De alguna manera, pedalear representaba la lucha diaria de la vida”.

Todo eso ocurría en una Colombia de montañas imposibles que paría ciclistas rudos y casi silvestres. Incluidas las mujeres que escucharon felices cómo

Martín Ramírez, a su llegada de Europa, movía contactos para lograr que la empresa lechera que había patrocinado su aventura en Los Pirineos hiciera lo propio y permitiera, en 1984, el nacimiento de la primera clásica femenina.

El recorrido era Cali-Bogotá. Y es considerada la primera Vuelta a Colombia de Mujeres. Treinta ciclistas que ya para ese momento se habían comprometido con entrenamientos arduos y rodaban en buenas bicicletas ensambladas en Colombia, marca Moreno o Duarte. Las que podían se hacían a una Benotto o una Pignarello, traídas desde Italia. Luzma, justamente a bordo de una Pignarello que aún la acompaña, se quedó con el octavo lugar y el equipo entero con la atención de la Federación Colombiana de Ciclismo que en pocos meses conformó el primer grupo de ciclismo femenino: el equipo Postobón.

Luzma se detiene ahora en una foto de 1986 que la emociona. Organizadas en fila y vestidas de falda y blazer, aparecen las primeras ciclistas profesionales del país. La génesis de todo. Ahí está Rosa María Aponte, la Pitufa, una empleada doméstica que terminaba a tiempo los oficios de su patrona para hacer sus entrenamientos de rutina en el gimnasio del barrio. La primera ganadora de la Vuelta a Colombia femenina.

Ahí están Ana Espinoza, “mi parce-ra”, como la llama Luzma; María Victoria Pineda, una modelo del Valle del Cauca a quien la enfermedad del ELA se llevó hace algunos años; Gloria Cardozo, quien trabajaba en Coldeportes; Flor Inés López, que después de cada entrenamiento y competencia debía correr a su casa a encargarse del marido y tres hijos; Rosa Emma Rodríguez, que dejó el ciclismo para dedicarse al ganado; Olga Mercedes Cruz, que combinaba sus entrenamientos con su labor en un salón de belleza; Fanny Cecilia Padilla, que se ganaba la vida en un banco; Margarita Covalada, “una niña de cuna”.

En una esquina sonríen Astrid y Ruth Ducuara, dos hermanas salvadas por el ciclismo de la avalancha que un año antes había borrado Armero del mapa. A su lado, Marta Luz López, Gloria Soto Aguilar, Nancy Rocío Fernández, Estella Lancheros, Ana Espinoza, Lucila Pachón, Libia Ortega, Victoria Pineda, Victoria Awazaco. Todas elegantísimas. Todas, sin saberlo, haciendo historia.

Doña Leticia Faustino solía decir que Luz Marina, la tercera de sus hijos, era la “siete oficios”. Porque Luzma, quién lo creyera, pequeña y de manos gráciles, es capaz de desvarar un carro, arreglar un tubo roto o una llave que gotea. Asear frigoríficos o ensamblar bicicletas. Escribir crónicas, hacer documentales. También levantar casas con sus propias manos. La de su hermana Lucila en el barrio Sierra Morena, en una de esas lomas empinadas de Ciudad de Bolívar, y la suya, aquí en Arboleda Baja, a donde llegó hace tres décadas atraída por la promesa de unos lotes que entregaba la Caja de Vivienda.

Poco antes de eso, la pionera del ciclismo femenino nacional había corrido con éxito para el equipo Postobón y alcanzó a integrar el de Café de Colombia, tiempos en los que Luchó Herrera también integrante del equipo, caía, sangraba, se levantaba y conquistaba la etapa catorce del Tour de Francia.

Las ciclistas, veinticuatro en total, ganaban entre veinte mil y cuarenta mil pesos, una buena suma comparada con los dieciséis mil que se pagaba en 1985 como salario mínimo. Las carreras comenzaban en serio y pronto los directivos de Café de Colombia cayeron rendidos ante la idea de llevarlas a competir en el Tour de Francia.

Seleccionaron a las doce de mejor condición física, Luz Marina entre

ellas. Pero, faltando poco para llegar a la máxima cita del ciclismo mundial, comenzó el desencanto: “El Zipa nos entrenaba de manera muy antitécnica. Nos citaba a las cinco de la mañana en la Boyacá con 13, sin desayunar, con suerte apenas con una aguadepanela en el estómago. Nos llevaba a toda prisa hasta Sasaima y nos regresaba con el mismo afán a Bogotá, todo porque él cumplía horarios de oficina en su trabajo del Ministerio de Obras”, recuerda Luzma.

Lo que llegó después fueron serios problemas de salud para varias de las competidoras: hipoglicemia, tendinitis rotular, sobrecarga muscular. Luz Marina, desanimada ante el precario acondicionamiento, lo comentó de manera casual con un periodista del diario *El Espacio*, quien, sin pensarlo, publicó en contraportada un titular que haría naufragar la carrera de la bogotana: “Inconformidad en el ciclismo femenino”. El Zipa, ofendido en su orgullo, convocó a los medios y soltó frases más escandalosas: tildó a Luz Marina Ramírez de grosera y disociadora. “¡Adiós Francia! Y yo que me había preparado toda la vida para ir a la mejor fiesta del ciclismo”.

¿Cómo se repone uno de un golpe como ese? “Me dolió mucho. Pero al final sucedió lo que había vaticinado: varias colombianas no terminaron el Tour y las que lo lograron acabaron de últimas. ¡Y el Zipa, tan retrechero conmigo, se vanagloriaba diciendo que habían quedado entre las 88 primeras cuando el grupo total eran cien!”.

A sus 91 años, el Zipa sigue viendo el episodio con ojos bondadosos, como una proeza. Reconoce en Luz Marina a una buena pedalista, a una pionera del ciclismo femenino. Y suelta enseguida una frase socarrona para zanzar la vieja afrenta: “La saqué del equipo por no tener la lengua quieta”.

Ella seguiría en competencia tres años más. Haciendo labores de gregaria, llevando caramañolas de un lado a otro, asistiendo técnicamente a sus compañeras. Su última gran competencia se dio en un mundial de ciclismo femenino del que Colombia sería sede. Ochocientos kilómetros entre Cali y Bogotá por los que rodarían cuatro francesas, cuatro italianas, cuatro norteamericanas, dos peruanas, dos brasileñas, una venezolana y 54 colombianas que no consiguieron ganar ninguna etapa. “Nos llevaban mucha ventaja, tenían más experiencia. Algunas venían de países con cuarenta años de tradición. Nosotras, solo cuatro”.

De esos años de dicha conserva decenas de amigos; Paloma —una bicicleta color nácar marca Pignarello que lleva rodando más de 32 años con su dueña—; un álbum, *Ases del pedal*, que los colombianos coleccionaron en el 87 y recogía a grandes del ciclismo como ella; y un título nobiliario de pionera del ciclismo femenino que ella sabe quedó escrito en alguna página de la historia de este deporte en Colombia.

En 1988 tuvo que elegir entre el ciclismo y construir su propia casa. Entonces, con 28 años, guardó la bicicleta y el uniforme y todos los sábados y domingos que siguieron en los siguientes dos años los dedicó, sin falta, a “romperle el alma a la montaña”.

Junto a otro centenar de personas comenzó a fabricar unas pequeñas viviendas. Y mientras hacía los cimientos a punta de pico y pala, chambas y huecos para las columnas y paredes, seguía por radio, en medio de lágrimas y rabia, la suerte de las demás compañeras y las hazañas europeas luego de que Fabio Parra se convirtiera en el primer colombiano en subir al podio del Tour de Francia al terminar tercero en 1988.

“Entre todos los vecinos construimos las casas del barrio, éramos 132 familias. Y después las sorteaban y tuve





la fortuna de quedarme con una esquina que con el tiempo fui ampliando", cuenta Luz Marina con la sonrisa a punto de soltarse, temblando en los labios. Es que hoy su casa tiene más de cien metros cuadrados. En el primer piso alquila un par de locales. Ella, a sus 64 años, vive en el segundo, y en el tercero lo hacía Blanca, la hermana que le cambió el destino, hasta que la muerte vino a tocarla la puerta.

Los materiales los compraba con el dinero que ganaba inventando la vida de muchas maneras. Aseaba bodegas de un asadero de pollos, hacía mandados, fabricaba forros para sillas de bicicletas. Fue así, trabajando aquí y allá, que aprendió a conocer como la palma de su mano los rincones de la localidad de Ciudad Bolívar y sus barrios cuesta arriba como la vida misma.

Con su casa ya terminada, decidió montar un restaurante en el naciente barrio Sierra Morena y el negocio reverdecía pronto. Pero también la extorsión a los comerciantes que terminaban secuestrados o muertos sino accedían a las vacunas. Luego montó una heladería, pero en los días fríos las ventas se "congelaban" y ella aprovechaba esas horas muertas para alimentar otra pasión heredada de la infancia: la fotografía.

Con el recuerdo vivo de su padre, que solía retratarlo todo, desempolvó una Kodak de plástico y se dedicó a fotografiar el barrio. Sus calles a medio hacer, sus niños, sus casas. También el palustre y el cemento que comenzaban a verse por todos lados. Y la poca plata se le iba revelando rollos que acumuló como lo hiciera en su momento con los trofeos.

Quiso ir por más y, a través de Roberto Sánchez, su último entrenador, se trajo a casa una VH-1600 Itachi, una

de las primeras videocámaras con tarjeta inteligente que la hacían muy fácil de manejar. Cuando lo supieron en Arborizadora Baja, los vecinos le pagaban para que registrara sus bautizos, matrimonios y cumpleaños. Cámara al hombro, recorría también las calles y, poco a poco, documentaba la metamorfosis de su localidad. Grababa, invitada por arquitectos e ingenieros, la construcción de parques que seducían a niños y de escaleras que aliviaban la rudeza de subir y bajar esas lomas empinadas todos los días.

Registraba cómo muchas de esas niñas y niños que tímidamente alguna vez sonrieron para su lente se convertían en madres precoces que debían dejar de estudiar y en muchachos sin destino que acababan asesinados como si la gente estorbara. Laura, Oscar, el Tunejo, el Bonito, el Pescado, el Gomelo...

Algunas tardes de cielo despejado, y abusando de su buena estrella, trepaba a lo más alto para grabar panorámicas que se iban transformando ante sus ojos con cada nueva subida: lotes baldíos que de pronto estaban vestidos de casitas apeñuscadas con techos de Eternit, centros comerciales, locales y hasta una universidad. Sin saberlo, estaba construyendo su obra más firme: la memoria histórica de Ciudad Bolívar.

En 1993, sacudida como toda la localidad por la masacre del sector de Juan Pablo Segundo, que acabó con la vida de quince vecinos, entre ellos una mujer embarazada, Luz Marina registró con su Itachi una movilización ciudadana que exigía respuestas al Gobierno pues la investigación comprobó que detrás de la matanza estaban miembros de la Policía.

Se quedaron esperando que les pidieran perdón, pero a cambio

recibieron servicio de teléfono, acueducto y luminarias para hacer menos inseguras las calles. Y Luzma seguía ahí, registrando todo como un Gran Hermano, porque había encontrado que ese barrio y esas lomas eran el único cielo que le pertenecía.

Buena parte de ese material lo digitalizó gracias a una beca que ganó con el Instituto de Patrimonio del Distrito. Y fue su puerta de entrada al mundo audiovisual comunitario a través de colectivos como Ojo al sancocho que echaron a rodar hace una década un festival internacional que convierte a Ciudad Bolívar en una inmensa sala de cine. Luzma se animó a contar sus propias historias en pantalla. En YouTube pueden expiarse algunas: *Fiesta de vándalos*, *El rumor de un mazo* y *Mi ranchito hermoso*.

Su empeño en retratar una localidad que solo aparece en los titulares de prensa para narrar la fatalidad la ha llevado incluso al Festival de Cine de Cartagena, "donde me sentí toda una Tarantina contando mi experiencia". Allí todos vieron la engañosa sencillez de sus cortometrajes, narrados con un tono cotidiano, sin artilugios, pero con historias de las que cuesta salir ileso.

Hace poco fundó su propio colectivo, Los Montaña Audiovisual, y una productora, La Vereda Films, que ya ha descubierto varios actores naturales de Ciudad Bolívar para películas y comerciales. Uno de ellos, de hecho, es candidato a quedarse con el papel del legendario Palomo Usuriaga en una serie que pronto comenzará a grabarse.

En las pausas de su vida comunitaria lleva al papel otras historias. Escribir, contará en algún momento, es lo que le ha dado sentido a su vida en estos últimos años. Lo sabe el escritor Cristian Valencia, que encuentra en las

historias de Luz Marina una literatura en la que palpita la ciudad más opaca, esa otra Bogotá que poco se reseña en la gran prensa. Lo sabe Mario Mendoza, también escritor, que no aguantó la curiosidad de conocerla y ha ido hasta su casa por el puro gusto de escucharla narrar sus crónicas.

Luzma enumera esos otros trofeos de la vida y los va cosiendo con su voz suave mientras camina de nuevo por las calles. Para en una avenida y señala un pedazo de barrio en lo alto, como quien advierte acerca de los peligros de salir al mundo, y enseña la loma en la que se levantó la sala de cine del sector de Potosí, Potocine, que construyó la propia comunidad motivada por ella y otros líderes.

Camina desprevénida, ignorando que ocho meses atrás recibió mensajes amenazantes porque algunos quizá no toleren verla siempre con las manos ocupadas en función de su comunidad: improvisando tardes de cine para niños y jóvenes; consiguiendo mercados para familias necesitadas; camas para enfermos; lavadoras para madres en apuros. Preguntando aquí y allá en qué momento la localidad terminó tomada por la minería ilegal, el microtráfico, la delincuencia.

Quizá no toleren verla trabajar con los pelados de esas calles, siempre dándole consejos, arañando para ellos una oportunidad. "Con que alguno de esos muchachos se salve habrá valido la pena. Uno es como un cubito de hielo en medio de una sed tremenda", dice Luz Marina para quien la vida misma ha sido una interminable competencia. Como la niñita del Parque Nacional que se remangaba el vestido a bordo de un triciclo. ©



El museo está en el centro, el museo está en la ciudad.



EXPOSICIÓN RADIO SUTATENZA UNA REVOLUCIÓN CULTURAL EN EL CAMPO COLOMBIANO (1947-1994)

Centro Cultural Medellín,
Banco de la República
Sala de Exposiciones, piso 3
Calle 50 N.° 50-21
Octubre 1 de 2019 - enero 17 de 2020
Lunes a viernes: 8:00 a. m. a 5:00 p. m.
Entrada gratuita
Informes: 576 74 12 o dlopezos@banrep.gov.co

La exposición es una invitación a recordar que si en el campo colombiano ha habido alguna revolución, esta fue la que se logró con el programa de educación integral conocido como Radio Sutatenza.

Visitas guiadas y animaciones pedagógicas:
lunes, miércoles y viernes a las 10:00 a. m.

Catálogo a la venta en el Portón de los Libros:
Centro Cultural, piso 4, precio: \$30.000

www.banrepultural.org/radio-sutatenza

Organiza:



Agradecimientos a:



Archivo ACPO-Radio Sutatenza, Biblioteca Luis Ángel Arango.
Colección Banco de la República, Bogotá.
Oyente campesino con transistor, Fotógrafo sin identificar, ca. 1963.



acción impro

444 5432 / 304 2135251
comercialaccionimpro@gmail.com
@accionimpro
@accionimpro
www.accionimpro.com.co

Nos gusta cómo la **imaginación** dirige nuestras escenas y la **espontaneidad** escribe nuestros diálogos. Por eso, como compañía de improvisación teatral, **jugamos** sin censura en nuestro teatro; **compartimos** el juego en nuestra academia y **comunicamos** los sueños de otros en sus **empresas**.



La cultura es de todos

Mincultura

Sala apoyada por el Ministerio de Cultura - Programa Nacional de Salas Concertadas.

¿Quién quiere ser un reciclador?



“Pienso, luego reciclo; *keep calm and recycle*”. Estamos en modo: salvar el mundo. “Piensa globalmente, actúa localmente”. Guardamos las tapitas plásticas, evitamos el pitillo, llevamos bolsa de tela al supermercado y separamos la basura orgánica en la casa para el compost. Reciclar está de moda. (Y pegar *copys* en inglés). *Dont fuck up good planets are hard to find*. Pero ¿quién quiere hacer la tarea en la calle? Nadie quiere ser un reciclador.

“Lo más difícil de este oficio es la humillación y la vergüenza”, dice Arley Ríos, supervisor de planta de Ekored. Ahora es jefe, pero antes fue reciclador. El hombre es moreno, grueso, bajito. Tiene unos ojos brillantes que hablan tanto como su lengua. Por ella pasa un verbo rápido, lleno de recuerdos y reflexiones.

Durante la segunda semana de rebusque, su cuñada lo descubrió agachado abriendo una bolsa de basura. En esa casa no lo querían ni poquito, “y luego de esa ponchada mucho menos”,

dice Arley, “imágenes: pobre, negrito y reciclador”. Aun así, con el trabajo y el tiempo le demostró a la suegra y las cuñadas de qué está hecho. “He vivido siempre en Manrique y de ese barrio no me voy y menos ahora que tengo casa de verdad y no un rancho de tablas”.

Ubicada en el barrio Miranda, detrás del Parque Norte, Ekored es una empresa dedicada al procesamiento de botellas plásticas. Cada día llegan desde todo el país entre veinte y veinticinco carros atiborrados de botellas aplastadas, un promedio de veinte toneladas diarias. La cantidad mínima de compra es de 150 kilos. Acá no llega el reciclador en carreta, llegan en carro los intermediarios entre el reciclador y la industria. Vienen desde Cali, Bogotá o Neiva. En Ekored trabajan veintín operarios, varios de ellos fueron recicladores, “y tienen moto y todo”, dice Arley. “Pequeña, pero motico es motico... Pero lo mejor es que acá todos dejamos de ser lo que éramos”. Nadie quiere ser reciclador. Nadie quiere dedicarse a esculcar basuras. Este es un

oficio vergonzoso, sin importar que la basura sea un gran negocio.

Arley Ríos cuenta que comenzó a recorrer las calles con una carreta cuando, aguantando hambre y sin un peso en el bolsillo, una vecina curtida por el oficio lo invitó trabajar esculcando en la basura. “Para mí fue una época muy difícil y requetefácil; muy difícil para conseguir trabajo legal y requetefácil para estar con los pillos del barrio”. En ese primer día de recolección, hace quince años, se ganó dos mil pesos. Hoy por hoy, un reciclador juicioso puede hacerse diariamente entre veinte y treinta mil pesos. Juicioso, es decir, disciplinado, diez horas de trabajo y caminatas semanales siguiendo la ruta del camión municipal de la basura, el carro que hace aparecer las bolsas negras en las aceras de los barrios.

En Colombia cada persona utiliza, en promedio, veinticuatro kilos de plástico al año. El 56 por ciento es plástico de uso único, como pitillos y cubiertos, como el tenedor de plástico de *Toy Story 4*, Forky, flamante personaje de

Pixar que tiene como único propósito volver a un basurero. Muy raro, porque nadie quiere ir por allá. Los 45 millones de habitantes en Colombia generamos unas doce millones de toneladas de residuos sólidos al año y solo reciclamos el diecisiete por ciento. En el mundo, las estimaciones para 2050 son alarmantes, se cree que habrá doce mil millones de toneladas de desechos plásticos en entornos naturales.

El término técnico es PET, polietileno tereftalato, una resina y forma de poliéster usada en envases de bebidas y textiles. Casi dos millones de botellas pasan diariamente por la banda transportadora de Ekored que, a su vez, provee a la empresa Enka de Colombia, ubicada en Girardota. El éxito del proceso de reciclaje en Enka depende de la selección del material que recibe antes de fundirlo. Es muy simple, separar las botellas por colores: ámbar, transparente, aceite y verde. Una botella verde nunca puede mezclarse con una blanca, ni una que contuvo aceite con una de jugo natural. La selección es radical,

lo mismo que en las parejas plásticas según Blades, “diciendo a su hijo de cinco años no juegues con niños de color extraño”. Se eliminan tapas y productos de PVC que pueden contaminar el producto final. Por eso las bandas, los operarios echando ojo, separando los costalados de uno y otro color.

En Ekored el precio del PET tiene su cotización en bolsa. El transparente se compra a 950 pesos el kilo y a 620 el verde. Y ha venido bajando. El precio está sujeto a la especulación. En una cartelera a la entrada hay un letrero: “Les recordamos a nuestros proveedores que, por el dinamismo en las variables del mercado, desde el principio del año en curso se suspendieron las compras de material Hit, ámbar y aceite, hasta nuevo aviso”.

Según Arley, la diferencia entre el reciclador y el gamín consiste en que el gamín también busca comida en la basura, el reciclador no. “Además, el gamín rasga la bolsa y deja todo tirado”. Por el contrario, el reciclador, abre el nudo, busca, y vuelve a cerrar. “El reciclador es un profesional”. En Argentina se les dice “ciruja” de cirujano, porque hacen una operación casi quirúrgica con la bolsa para dejarla intacta luego de hurarla.

“Una mañana nos iban a matar en la 33”. Arley estaba con un amigo esculcando cuando salió un señor con revólver. “Nos apuntó muy enojado y una vecina que nos conocía nos defendió, ‘no les haga nada, esos muchachos trabajan por acá’, toda nerviosa la señora qué pecao, si no es por ella nos dispara, el señor estaba muy fastidiado como si fuéramos un par de ratas”. En general el prejuicio dicta que un reciclador es un gamín, un drogadicto, un alcohólico.

La industria textil ha convertido el reciclaje en uno de sus insumos. Eso es, de la botella a la camisa. Se vende con la etiqueta Eko Pet Textil. Y usted puede alardear que la lleva puesta y quedar como una chica PET o un chico plastificado. Algunas empresas como Fabricato, Offcorss y Uniroca ofrecen camisetas hechas partir de botellas. Esto es posible gracias a que los recipientes PET se elaboran con los mismos derivados del petróleo con los que se elabora el poliéster. Cuando Ekored deja la mercancía en Enka, los envases se lavan y se trituran para obtener el granulado con el que se elabora una fibra sintética que se tejerá hasta formar una tela. Aproximadamente se necesitan tres envases de 2.5 litros para obtener un metro de tejido. Enka cuenta con una planta capaz de procesar ochocientos mil botellas al día (unas treinta toneladas) que se transforman en veinticinco toneladas de fibras. Todo este proceso de reciclaje reduce en un 92 por ciento el gasto energético para fabricar el poliéster con materias primas vírgenes.

En otra oportunidad, una señora les regaló a Arley y a su amigo una ropa y unos zapatos, mercancías que también tienen mercado en la Plaza Minorista y en los bajos del metro, lugares en los que se puede encontrar desde una olla tiznada lista para nuevos usos hasta vibradores de diferente factura. Ya en el camino, revolviendo las bolsas con la ropa encontraron, metida en uno de los zapatos, una cadena de oro. Fue una alegría encontrar un tesoro en la basura. Arley dice que a la siguiente semana volvieron por más reciclaje donde la misma señora, para verificar que no hubiera reclamo. “Si nos pregunta, se la devolvemos, pero como no lo hizo...”. Solo hubo alivio por poder conservar la alhaja.

Ekored, en el barrio Miranda, no compra material a los recicladores; pero en Recimed, dos cuadras abajo de la estación Prado, las carretas llegan a descargar la recolecta diaria. Aparece el carretilero, la señora con costal, el reciclador mañanero y el trasnochador que prefiere la fresca nocturna. Leonardo Jiménez, gerente de la agremiación de recicladores de Medellín y del Área Metropolitana, Recimed, afirma que “aquí se trabaja para dignificar el oficio y mejorar la calidad de vida de los recicladores”. La cooperativa busca darle una vuelta a la identidad de sus afiliados para que sean reconocidos en la ciudad, formalicen su trabajo y valoren su importancia. Además se fortalecen programas como el banco de alimentos, facilidades para educación y créditos para bajarle a la dependencia del “gota a gota”.

Después de ese encuentro fortuito con su cuñada a Arley de daba tanta vergüenza que lo viera la gente conocida que alguna vez, viendo bajar un bus de Manrique, y en mitad de la cuadra, sin tener dónde esconderse, volteó la carreta y se agachó detrás: “Y eso ofende mucho, sabiendo que la tarea es muy importante para todos, para la ciudad, para el medio ambiente. Es muy injusto”.

Reciclar está de moda, así vivamos en una “ciudad de plástico de esas que no quiero ver, de edificios cancerosos y un corazón de oro ver”. En Twitter hay *copys* hipsters al estilo de “Una camiseta que diga: necesitas el agua, no el plástico. #MasAguaMenosPET”, con gente de rostros de poliéster, que escucha sin oír y miran sin ver, “#SalvemosElPlaneta. No hay que aportar granitos de arena, sino gotas de agua”. Y se proponen retos plásticos, digo, retos sobre el plástico: #30DíasSinPlástico, mezclados con campañas políticas: #JulioSinPlástico. ©





Alliance Française
Medellín



**VIVE LA CULTURA
AMA EL FRANCÉS**

¡Aprende francés, el idioma de las oportunidades!

Sedes: Aguacatala | C.C. Molinos | Centro | 444 2620 | 316 448 9149
Consulta nuestra programación cultural en: medellin.alianzafrancesa.org.co

SEMINARIO

**LA DELGADA LÍNEA ENTRE
EL DOCUMENTAL
Y LA FICCIÓN**

Docente: JUAN ZAPATA
Director de Simone y Another Forever
Encuentra estas películas en Netflix y Fox
Más información sobre Juan Zapata en:
<http://www.zapatafilmes.com/>

Fechas: 25 al 29 de noviembre de 2019
Total horas: 32
Valor: \$600.000



MÁS INFORMACIÓN

Mayores informes: Tel 322 82 83
Ext. 3110 | Cra 42 #49-95, Medellín

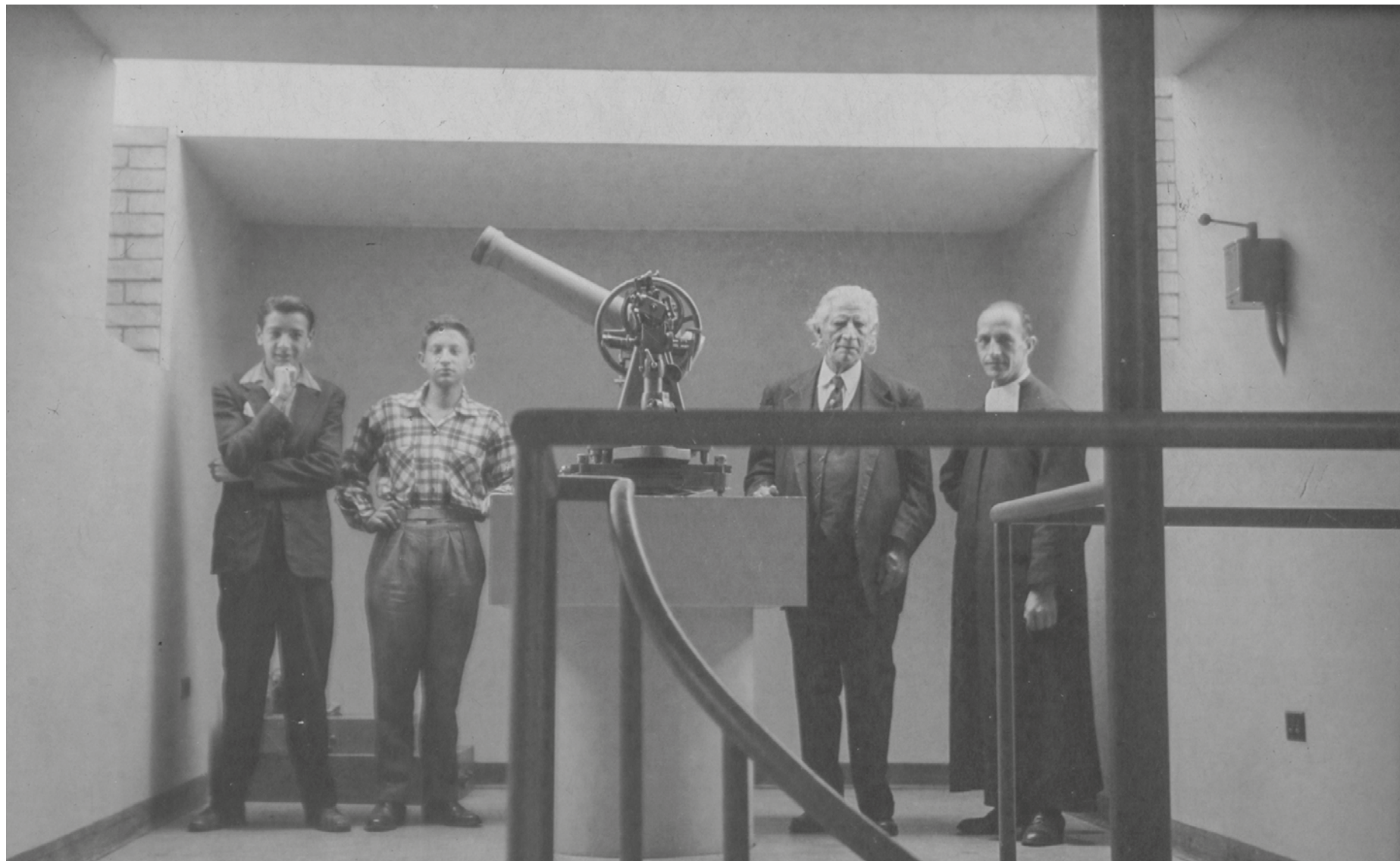
  

Bellas Artes Medellín | Bellas Artes Mede | bellasartesmedellin

 Fundación Universitaria
Bellas Artes

www.bellasartesmed.edu.co

Un observatorio astronómico en Medellín



El hermano Daniel de la Inmaculada con el director del observatorio, Belisario Wilches, acompañados por curiosos de la astronomía. Archivo Museo de Ciencias Naturales de La Salle.

Aquellos que se dedicaron a la astronomía a lo largo del siglo XX hasta los años setenta, en Medellín, tuvieron que enfrentar los muy variados obstáculos que se les atravesaron en el camino en un país en el que la ciencia ha tenido una supuesta irrelevancia y donde los científicos han debido justificar, una y otra vez, su pertinencia e importancia. Sin embargo, y por fortuna, esa situación no fue un problema para que los más entusiastas se las arreglaran para emprender y ejecutar iniciativas que se han convertido en referentes de las ciencias astronómicas en la ciudad, como es el caso del Observatorio Astronómico del ITM.

Así, el estudio y la práctica de la astronomía en Medellín han estado en la cabeza de varios referentes que en su momento fueron considerados como locos, ya que iniciaron trabajos en una ciencia que los medellinenses de principios del siglo XX apenas si conocían. Entre ellos están personajes como el sacerdote Jesús Emilio Ramírez, importante geofísico que colaboró con la organización del Año Geofísico Internacional entre 1957-1958; Alberto Correa, creador del Centro de Investigaciones Astronómicas de la Universidad de Antioquia a finales de los años cincuenta; Fernando Estrada Estrada, miembro de la Unión Astronómica Internacional, dueño del famoso Palacio Egipcio y primer importador de equipos ópticos a la ciudad de Medellín; y el hermano Daniel de la Inmaculada, miembro de la comunidad lasallista quien estuvo a la cabeza de la construcción del Observatorio Astronómico del Colegio San José a principios de la década de los sesenta.

Fue una vez terminada la construcción del Colegio San José en 1955, en el Morro de los Cuatro Vientos, hoy barrio Sucre, que Daniel González Patiño, conocido como el hermano Daniel de la Inmaculada, se propuso la construcción de un observatorio astronómico que sirviera para la enseñanza de la astronomía entre estudiantes de secundaria, universitarios

e interesados en general en esa ciencia.

Aún hoy no se sabe con exactitud quién construyó el domo que desde los años sesenta se destacó en la parte oriental de la ciudad, ni quiénes ayudaron a materializar tan hilarante empresa en la capital antioqueña en ese entonces, el caso es que impulsó a personajes como Wilam Lalinde o Gabriel Jaime Gómez Carder a integrar, posteriormente, el grupo que materializó la idea de hacer un planetario para la ciudad en 1984.

El telescopio que allí se encontraba era un refractario de la casa Carl Zeiss que, según los entendidos, fue donado en los

cincuenta por el comerciante, empresario y filántropo Diego Echavarría Misas quien lo había traído desde Alemania. A su vez, el observatorio se encontraba equipado con un planetario, el primero de su clase en la ciudad. Desde ese punto se realizaron observaciones de los anillos de Saturno, las lunas de Júpiter, constelaciones varias y cometas como el Kohoutek y el famoso Halley en los años ochenta. Ello nos remite a una ciudad de cielos despejados, muy distinta a la actual, llena de humo y hollín, en la que mirar al cielo, en la mayoría de los casos, implica no ver nada por la combinación de luz y esmog que

oculta la grandeza y el movimiento de la bóveda celeste.

Pese a eso, el legado continúa. En el mismo lugar donde fue inaugurado hace 57 años existe el nuevo Observatorio Astronómico del ITM que ofrece la posibilidad de hacer observaciones astronómicas diurnas y nocturnas, cuenta con un equipo óptico de gran tecnología y pretende que los medellinenses se apropien de la mejor terraza de la ciudad y disfruten la posibilidad que todavía tenemos de ver el cielo desde nuestro gótico valle.

El observatorio sigue recibiendo público de lunes a viernes.

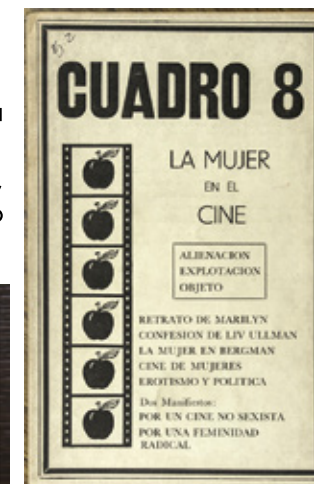


Domo del observatorio astronómico. Archivo Museo de Ciencias Naturales de La Salle.

tinta no extinta

Una **exposición** que reúne una selección de carátulas, textos, fotografías e ilustraciones de muchas de las revistas que han circulado en nuestra ciudad desde 1960.

Fundada en 1979, esta revista literaria es la más longeva de Medellín. Su planta de creación: John Sosa D., Luis Fernando Cuartas, Óscar Jairo González y Carlos Bedoya.



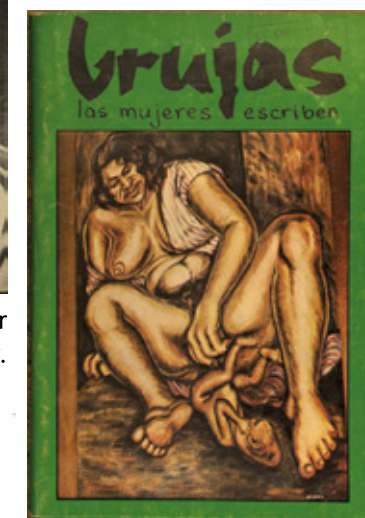
La primera revista de cine en Colombia. Fundada por Alberto Aguirre en 1970



Su única edición, la número uno del volumen uno, circuló en 1972. Su consejo de redacción: Juan Manuel Roca, Fernando Rendón, Raúl Henao y Fernando del Río.



La aventura nadaísta en revista. Dirigida por Gonzalo Arango y Jaime Jaramillo Escobar. Circularon ocho números entre 1970 y 1971.



Revista de creación poética, circula desde 2016. Editada por Isabel Cristina Bustamante, Carlos Andrés Bustamante y Carlos Andrés Ciro.



Las mujeres escriben poesía, cuentos y ensayos. Editada por Flora María Uribe Pacheco, María Cecilia Trujillo Pérez y María Vélez Saldarriaga entre 1982 y 1987.



Desde el barrio Zamora en la Medellín de los noventa llegó "La Mita", Petardina Guerra, la abuelita sicaria. Los guiones eran de Mauricio García y la dibujaba Alexander Cuervo.

"Las revistas tienen una vitalidad singular. Aparecen por todas partes. Mueren. Resucitan. Desaparece una y aparecen tres".
Juan José Hoyos

Desde el 30 de octubre en el
Claustro Comfama de San Ignacio

Un proyecto de

Punto Seguido y Universo Centro

apoya

bpp BIBLIOTECA PÚBLICA PILOTO

invita

comfama

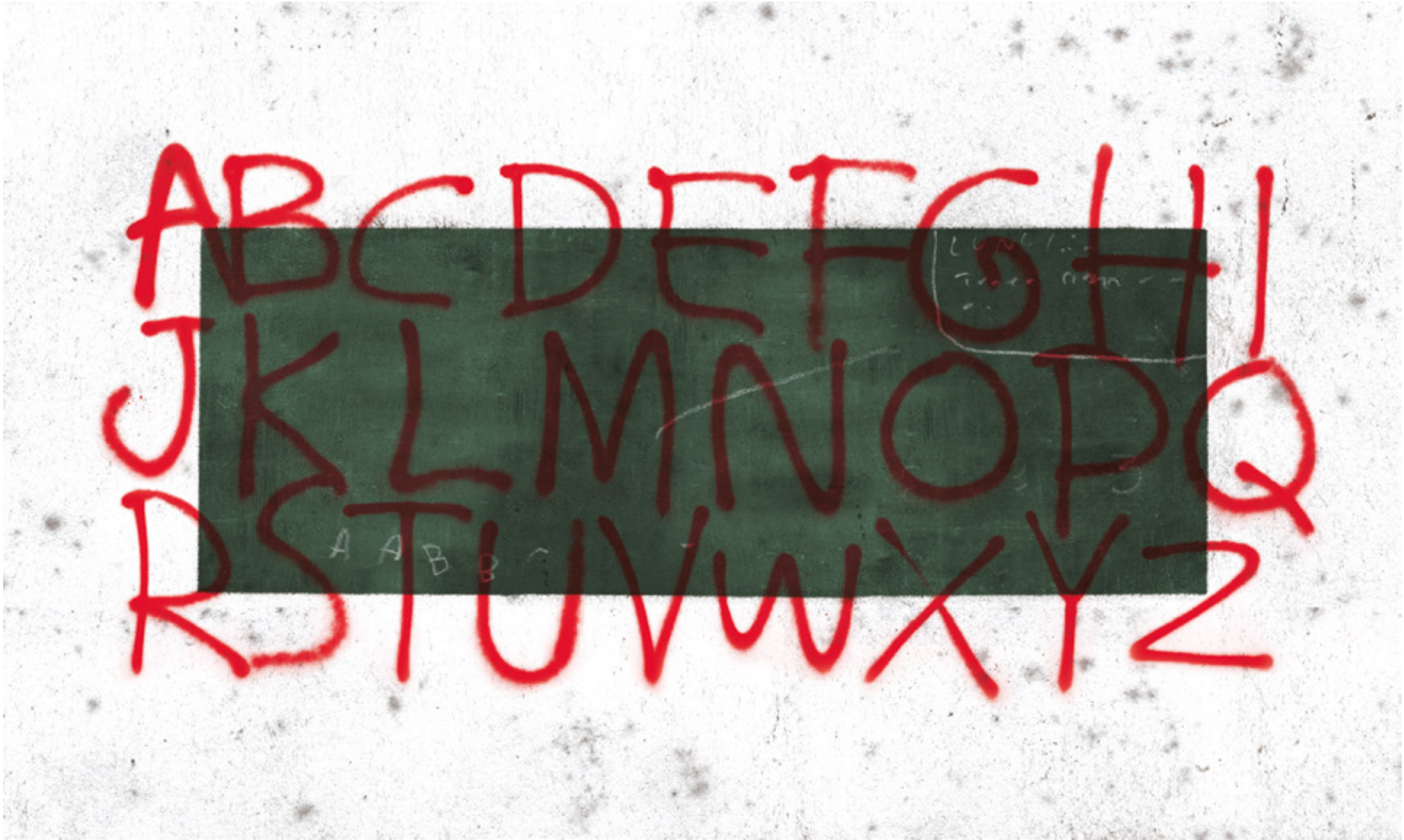


Camilo Restrepo Zapata
Bowling For Medellin #3
271 x 149 cm
2015

LETRAS Y CARICIAS

por LEYDER HUMBERTO PERDOMO

Ilustración: Samuel Castaño



El Profe Valle Jara-Millos

A ver papito, hágale que usted sabe, usted está aprendiendo rápido.

—Bueno, dígame

a ver.

—¿Cómo suena la P con la A?

—Pa.

—¿La P con la E?

—Pe.

—¿La P con la I?

—Pi.

—¿La P con la O?

—Po.

—¡Muy bien! ¿Y la P con la U?

—Mu.

No, abuelo, si las otras suenan pa, pe, pi, po, ¿cómo suena la P con la U?

—¿Mu?

No, abuelito, hay que seguir estudiando.

Eso sí, porque eso es lo único que a esta edad me queda, la posibilidad, viejo y todo, pero de estudiar las letras.

Es que eso de aprender a leer y a escribir es bien importante, y más vale tarde que nunca, como dicen. Cuando yo estaba muchachito, en la vereda, la verdad es que a mí nunca me gustó la escuela; en esa época casi toda la gente del campo decía que los hombres debíamos estudiar para aprender a sumar y a restar, sí mucho a firmar; y las mujeres, a atender bien a los hombres que se encargaban del mantenimiento de la casa.

Por eso, como en mi casa mis seis

hermanas eran mujeres, mi papá solo me dio escuela a mí, claro, solo hasta primero primaria, porque la cosa era esa, “aprenda a sumar, restar y firmar, pa que pueda bajar al pueblo a vender lo que aquí sembramos”.

Pero a mí las letras nunca me gustaron, por eso hice primero como cuatro veces seguidas y siempre lo perdía, porque no me gustaba leer y escribir. A sumar y a restar aprendí desde el primer año que hice primero de primaria, pero leer y escribir, nunca; por eso lo perdí tantas veces y nunca lo gané.

Así fue que aprendí a vender en la plaza del pueblo lo que más sembrábamos, el frisol, el maíz, la yuca, la cebolla y el plátano, la caña y la panelita que hacíamos en la molienda; hasta la leche que producía Beatriz, una vaca lechera que era mía, me la regaló papá. La recuerdo mucho porque esa era la que nos levantaba, tempranito, todas las mañanas, con ese sonido que todavía me sabe a felicidad. ¡¡Muuuu...!! Hacía la vaquita.

Pero también aprendí a comprar el mercadito y lo que no hacíamos nosotros mismos en la finca, las saltinatas, el arroz y otras cosas, pero siempre pagando lo que era y estando pendiente de que me dieran bien la devuelta. Desde chiquito, por ahí desde los ocho años, mi papá me mandaba a mí a vender lo producido en la finca y a comprar el mercado y los insumos con los pesitos que recogía.

Ahora de viejo fue que me puse a pensar en por qué es que no me gustó nunca

aprender a leer y escribir, si siempre fui tan dicharachero con las muchachas. ¡Eh avemaría! También con los otros muchachos y así hasta viejo. Siempre fui muy bueno para hablar, pero no sé por qué todo eso que decía nunca me interesé por escribirlo en un papel, o leer tantas cosas que otras personas han dicho y le pueden enseñar a uno.

Por ejemplo, me acuerdo mucho de que, como yo era tan bueno para conversar, cuando los guerrilleros hicieron la emisora comunitaria de la vereda, me invitaban a que hablara en los programas que se hacían para la radio de los vecinos. Contar chistes, decir dichos o trabalenguas.

El comandante Matías me decía que yo debería de ponerme juicioso en aprender a leer y escribir, para que hiciera mis propios programas y no fuera solo como invitado. ¡Eso me insistió mucho! Pero yo seguía empecinado en que no, que esas cosas eran para los doctores de la ciudad, que yo estaba era para trabajar la tierra.

Y es que esos guerrilleros cuando llegaron a la vereda eran hasta buena papa, o mejor dicho, eso el que llegó fue el comandante Matías, que ya ni me acuerdo cómo se llamaba para esa época, pero sí me acuerdo que llegó siendo el agrónomo del Incora, y en medio de lo que tenía que hacer, nos echaba los cuentos esos de la revolución, la reforma agraria, las injusticias y todas esas cosas, hasta que un día apareció

fue con un grupito de muchachos de la

vereda, medio uniformados y con unas escopetas, dizque para “hacer un mundo donde quepan muchos mundos”.

Me acuerdo mucho de que decían eso porque, además de que me sonó bonito, mi sobrino mayor, el José, era uno de esos muchachos que le hicieron caso al agrónomo y llegaron uniformados y con la escopeta de fisto de mi papá.

¡Qué algarabía formaron en la casa con eso! Sobre todo mi hermana Luz Enith, la mamá, y pues hasta razón tenían, ese muchacho tenía apenas trece o catorce años cuando eso; aunque la verdad, yo que apenas tenía como dieciséis, lo apoyé, pues me pareció que ya era un hombre y como tal estaba tomando sus propias decisiones. José siempre me agradeció eso.

Ese era otro tapado para el estudio, pero con la guerrilla él sí aprendió a leer y escribir, a sumar, restar, multiplicar y hasta dividir, pero además aprendió a hablar bonito, se echaba unos cuentos que hasta celos me daban de lo bien que hablaba. Como yo era el único que le escuchaba sus cosas en la casa, pues claro, él me hablaba entonces de eso. Me acuerdo que decía que la gente no debería de tenerles miedo “porque ellos eran la misma gente, pero buscando lo mejor para todos”, el hombre decía que en últimas la guerrilla era “una forma de hacer las cosas” y “una excusa para trabajar por la comunidad”, y yo la verdad les creía, también por eso lo apoyaba.

Pero la verdad es que tantas palabras bonitas que el José aprendió a

decir, leer y escribir se fueron como borrando de la plana cuando a esos muchachos les dio por querer cambiar el país y hasta el mundo sin haber terminado de arreglar la vereda.

Eso fue como ensillar un caballo de monte sin tener freno, porque se vino luego toda esa tracamanada de militares y paramilitares a acabarlos, y les tocó fue ponerse a tratar de seguir existiendo, y así ni modo de que siguieran pensando en la comunidad, pero lo que fue peor, se les fue olvidando, y por salvarse ellos, ya hasta atacaron a la misma gente de la vereda.

La cosa es que ahora de viejo pienso en que no quise aprender a leer y a escribir porque, de pelaíto, me dio pereza y me dijeron que era innecesario, pero más grandecito, la guerra, que se puso tan fea, me dio excusas pa no hacer el esfuerzo.

Y es que eso los grupos llegaban, hacían sus daños y siempre escribían en las paredes de las casas, la escuela o la sede de la Junta de Acción Comunal, unas letras, como firmando el mal hecho; y al principio a veces yo no sabía quiénes eran los que habían estado por acá, porque como no sabía leer y escribir? Menos mal que el amigo sí sabía, me avisó y pudimos hacer las vueltas para reclamar la tierra de nosotros y volver a la vereda.

Esos fueron tiempos muy duros. ¡Durísimos! Y nunca, en medio de tanta tragedia, se me ocurrió que tenía que aprender a leer y escribir. Fue ya de viejo, me acuerdo patentico, que fue una de las profesoras que venían a hablar con la mujer, yo casi ni hablaba, pero sí escuchaba, la que terminó convenciéndome de la necesidad de aprender las letras.

Me acuerdo porque la profesora nos decía que nosotros debíamos aprender a escribir nuestras propias historias, nos decía que eso incluso era sano para nosotros mismos, porque así podíamos escribir los recuerdos de una forma que nos ayudara a decir las cosas como fueron, pero sobre todo, de una forma que no nos hirieran a nosotros mismos, sino que antes, me acuerdo que decía, nos “acariciáramos” con las palabras.

Entonces fue que yo dije: ¡eh! es verdad, yo quiero aprender a leer y a escribir, para que otros sepan la historia de la vereda. Pero sobre todo, para, como dice la profesora, aprender a decir las cosas con el sentimiento real, el de verdad, no el que otros creen o entiendan que es.

Pero, ¿sabe cuál fue la principal razón para querer, después de viejo, aprender a leer y escribir? Y esto le va a sonar a chochera de viejo loco. Porque también quiero aprender a no escribir cosas muy feas, groserías, maldiciones a mi Dios, pero sobre todo unas palabras muy horribles que de ninguna forma pueden volverse una “caricia”. El tiro con el que parece mataron al José, para luego desaparecer su cuerpo; la explosión de la mina que le quitó la piernita al Javier, el portazo con el que ese paramilitar selló nuestro destierro de la vereda. ¡Pum! sonó siempre en tanta tragedia, eso lo quiero aprender a escribir, para no escribirlo nunca.

—Bueno abuelito, ya se me está poniendo triste, y que sumercé sea tan buen conversador no es para eso, sino para que sea feliz. Mejor vamos a seguir repasando la P para que haga la plana ¿Cómo es que suena con la A?

—Pa.

—¿La P con la E?

—Pe.

—¿La P con la I?

—Pi.

—¿La P con la O?

—Po.

—¿Y la P con la U?

—Mu. ☺



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

AIRES DE LIBERTAD

... y Dantés ascendió a la superficie del mar, completamente libre...
Alejandro Dumas, *El conde de Montecristo*.

Siguiendo con los géneros o subgéneros fílmicos, llega al tapete el de las fugas. Cautivos que quieren fugarse, porque eso es, claro, lo que les pide la naturaleza. Gracias a los oficios de una amiga, tengo en mi escritorio una lista casi abrumadora; comprueba esta la persistencia del género, y, por decirlo de algún modo, la urgencia vital de esas historias. Van aquí unas pocas.

(Tres o cuatro versiones en el cine dan cabida a Edmundo Dantés, cuya insólita evasión de la inexpugnable fortaleza de If le permite convertirse —Dumas *dixit*— en el poderoso conde de Montecristo. Su increíble peripecia nos invita, ahora sí, a alzar el telón).

El agujero (Jacques Becker, 1959), cuyo escenario es una cárcel francesa, cuenta un minucioso plan de fuga. Varios reclusos excavan durante meses un túnel que será su vía de escape. La víspera del día señalado, uno de los presos ensaya la eficacia del plan; llega al final del túnel, desliza una tapa de alcantarilla, asoma la cabeza, respira (y nosotros con él) el aire de la noche parisina. Regresa a la celda, da el parte de triunfo. Pero hay un traidor entre ellos, y todo termina.

No obstante, hubo y habrá mejores aires: *Stalag 17* (Wilder, 1953) sucede en un campo alemán de prisioneros. Un grupo de soldados norteamericanos planea y lleva a cabo con brillantez una fuga; también hay un espía en sus filas, pero, descubierto a tiempo, se le aplica la Ley del Talión (por cierto, Billy Wilder renueva aquí uno de sus temas claves, las falsas identidades. Pero eso hoy no es asunto nuestro).

Un mal cálculo de espacio me ordena pasar a vuelo de pájaro sobre varios favoritos: *El gran escape* (John Sturges, 1963). Cincuenta oficiales aliados logran escaparse de una prisión nazi. Una vez afuera, en plena campaña alemana, están tan expuestos como bichos a la luz. Sin embargo, tres afortunados logran cruzar la frontera y darnos la ilusión del triunfo. *Escape de Alcatraz* (Don Siegel, 1979). El episodio fue real, no los pormenores: Clint Eastwood y dos compinches logran burlar los muros de Alcatraz, hasta entonces tenidos por inexpugnables. Un año después la prisión fue destinada a mejores usos. *Sueños de fuga* (Frank Darabont, 1994). Morgan Freeman y Tim Robbins se alían para fugarse, y lo logran, cada uno a su modo, con lujo de recursos. Pero antes Robbins se las ingenia para dejar en flagrante delación al alcaide, un corrupto de mucho cuidado. Además, los evadidos, al mejor estilo Edmundo Dantés, desentierran un tesoro.

Cierra esta crónica un broche de oro: *Un condenado a muerte se escapa* (Robert Bresson, 1956). En una cárcel del París ocupado, un joven miembro de la Resistencia espera su ejecución. Mientras tanto, con talento y paciencia de relojero, va elaborando un plan de escape (horarios, rutinas, instrumentos, cuerdas) que Bresson relata con minucia rigurosa. Por fin, una noche ya cercana al alba, el joven elude los reflectores nazis, se descuelga por un muro y se aleja en silencio por una solitaria calle de París.

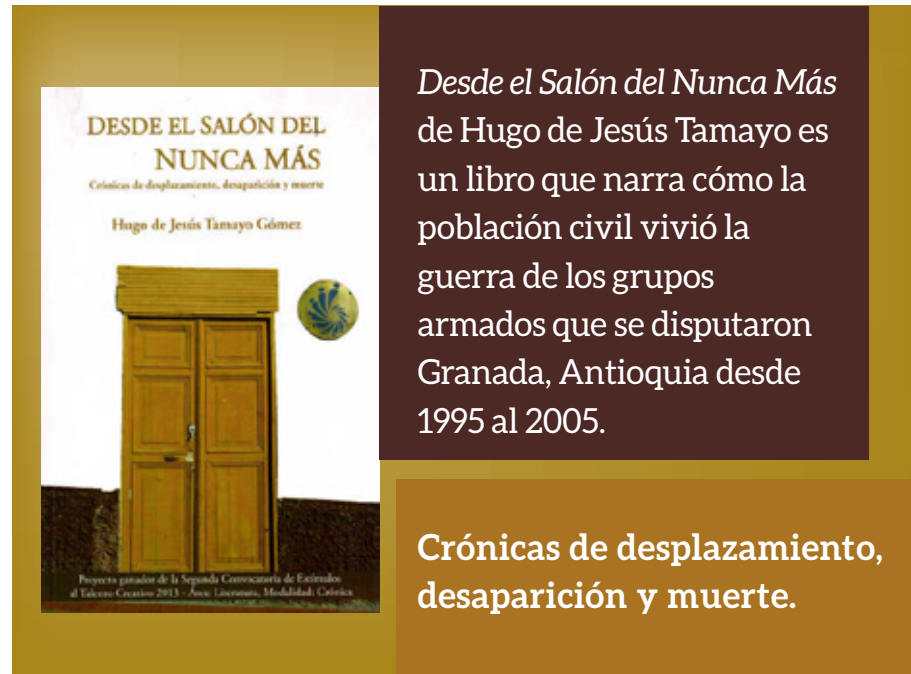
Escena memorable, gran final.

CODA

Agítese antes de usarse. Minipoema —sin título— de Gustavo Adolfo Garcés:

El deseo

Tiene más dedos que el verso. ☺



La filantropía también es un arte. Puerto Rico y Yo Yo Ma lo saben. Ha pasado un huracán y es hora de calmar la derrota. Tocar las seis *suites* para violonchelo de Bach, de memoria, de corrido, al parecer es una hazaña. Al final se mezclan el virtuosismo y el rap-trap. La cortesía también es un arte.

por EDGARDO RODRÍGUEZ JULIÁ

Ilustración: Hansel Obando



El recital

Las seis *suites* para violonchelo de Bach es música barroca que requiere total concentración al escucharla. No es música de trasfondo, mucho menos levedad barroca a la Telemann, o en versión popularizada a la Jordi Savall; tampoco se trata de ese protagonismo virtuosístico del concierto romántico. Si alguna música está cerca de ese “animal de fondo” que somos, descubierto por Juan Ramón Jiménez a los 67 años, casi la edad de Yo Yo Ma hoy en día, es esta música de Bach para el violonchelo. En el mejor de los casos sería una “degustación”, una música mística que acaricia lo mejor de nuestra humanidad compartida. En el caso del sonado concierto de Yo Yo Ma en la Sala Paoli es como comer nos completo, y de una sentada, el bizcocho de bodas, incluyendo los novios en pastilla. Quizás sea “*too much of a good thing*”. Hasta ahora ningún chelista —solo Yo Yo Ma en su Bach Project que lo llevará a todos los continentes— ha sido capaz de proponer tocar esas seis *suites*, cada una con seis piezas, 36 en total, de corrido, y de memoria, sin intermedio para la gente mayor con problemas de próstata, o vejiga festiva.

Me preparo para escuchar de noche mi música mañanera. Y entonces ya tendré que enfrentarme al público tísico, que tose todo el tiempo durante un concierto, o se olvida de apagar los celulares. Me prometo mantener a raya el cascarrabias. Me repito, como un mantra, que el *tour de force* de Yo Yo Ma será un prodigio de la memoria humana y la capacidad interpretativa del gran músico norteamericano de ascendencia china.

Yo Yo Ma entra al escenario vestido con una camisa blanca usada por fuera que bien podría ser una guayabera. El carisma, ese halo de atracción, es indudable; lo acentúa con una campechana simpatía que contiene a veces ese exagerado énfasis que el oriental pone en

complacer. Tengo comprensivas aprensiones: ¿no será demasiada música para el oído de un escucha normal? ¿Quién es el yo supremo, el público o el ejecutante? Gran diferencia entre Yo Yo Ma y Pablo Casals: don Pablo, quien descubrió estas *suites* siendo muy joven, en una tienda de música del malevo puerto de Barcelona, las estudió y tocó por más de treinta años y finalmente las grabó en 1936. Nunca las tocaba de corrido, tampoco en todas sus piezas. Extraería una pieza de aquí y otra de allá para sus recitales. Yo Yo Ma las ha tocado desde niño y las ha grabado cuando joven, maduro y ahora en la infancia de la vejez, un poco siguiendo el gran deseo de ese gran melómano que fue Thomas Mann para los escritores: ¡la dicha de escribir en las cuatro estaciones de la vida!

Yo Yo Ma se ha formado, madurado con ellas y de ahí su intimidad con esta música tan exigente para el escucha. Son variaciones que por décadas ningún chelista osaba tocar, para un recital, en toda su compleja extensión, ni siquiera una completa, mucho menos las seis. Es una música endiabladamente abstracta, muchas veces considerada académica, quizás ejercicios musicales, cuyos temperamentos, sutilmente

diferenciados, están en los llamados preludios. Es una música, según algunos críticos, que en sus sobretonos y polifonías solo puede ser completada por el escucha atento. El oyente distraído siente que no hay narrativa musical, que permanece en el mismo sitio.

Una vez ejecutó la tercera *suite* —una apasionada y bella interpretación que es favorita de muchos músicos—, ocurrió lo que más temía, la próstata que te llama al baño. Regreso, no puedo entrar para la cuarta, los ujieres son enfáticos, terminantes, como debe ser. La quinta la interpretó con gran pasión y un abandono que lo llevó a alguna que otra nota de dudosa calidad. (Un amigo compositor me aseguraba que Casals siempre “desafinaba”, esporádicamente, al interpretar estas *suites*). Pero Yo Yo Ma no se retiraría de la sala de conciertos, como lo hizo Horowitz, al fallar varias notas en un recital. Ciertamente no es un virtuoso purista, o escrupuloso. Además, ya se lo decía Casals a sus alumnos, a la Martita, esos movimientos o piezas en realidad son danzas, tienen esa pulsación rítmica que provoca pasión; además de música pura, son angelicalmente terrenas, orgánicas y orgásmicas al tener que verlo todo con nuestro “animal de fondo”, místico y a

la vez mundano; Papa Bach tuvo, después de todo, veinte hijos. Yo Yo Ma está ahí como en la entrega, el arrobó, el éxtasis místico; y también hay algo erótico en su ejecución, *sexy*, dirían las muchachas de labios carmesí.

Se detuvo entre la quinta y la sexta, por buen rato, mirando hacia arriba, creando anticipación e inquietud en el público, como si buscara las notas en la memoria o el bajo aire, la energía para completar aquel acto amoroso. Casi me perdí la última, la sexta; ya no podía concentrar.

Remontamos hacia las dos horas y media de música corrida, sin intermedio. Nunca fui wagneriano... Me consuelo pensando que jamás volveré a escucharlas así, el privilegio, la locura de tanta música corrida... A las dos horas comenzaron a desplomarse los pesados programas de la noche, los tísicos finalmente se dormían; el sueño y el cansancio mostraban sus evidencias en aquellos estruendos.

Hubo un momento, antes de la quinta, en que Yo Yo Ma saludó al público puertorriqueño como “gente resiliente”, y ya no supe si se refería al aguantar para escuchar las *suites*, o era justo la primera vez que asoma el *Miserere* mei pos-María. Al final de la sexta agradece

a los auspiciadores del programa, apenas deja espacio para la reflexión, su reino musical es muy de este mundo.

Debió terminar con el *Canto de los pájaros*, su homenaje a la música del descubridor de las *suites*, Pablo Casals. En vez de eso, trajo a Alberto Carrión a cantar una de esas ahora viejas “nuevas” trovas favoritas de mi generación, y que yo detesté, ese anacrónico *Amanecer borincano*. Ya cuando eso se compuso, en los años setenta, era una jibarada *dated*, ¿o eran los “marrayos”? Menos mal que a Carrión lo acompañó un coro de juvenitos del recinto de Cayey de la U.P.R. Fue uno de esos gestos clisosos y patrioterros, el homenaje de Yo Yo a lo que él llamó la “resiliencia cultural” puertorriqueña. Nuestra estima lastimada, aunque autoindulgente y congratulatoria, termina siempre en lo que llamaba Tapia el criollismo “mofonguero”, o como me comentó un amigo: “El homenaje a Casals era lo lógico. En vez de un tema tan anacrónico como el canto del coquí y el le lo lai. Horrible”.

El conversatorio

Cuando la siguiente mañana llevo al conversatorio “El poder revitalizador de la cultura”, auspiciado, entre otras, por la Fundación Flamboyán Lin-Manuel, me ofrecen el uso de audífonos para la traducción simultánea, algo insólito en Puerto Rico. Debe ser el síndrome pos-Hamilton, o un gesto de deferencia a Yo Yo Ma, que no sabe español. Es como si en los tiempos pos Musical Hamilton, de repente a alguien se le ocurriera que somos no una provincia colonial pitayanqui sino un país latinoamericano. Es lo que sobró, la resaca, de los supertítulos que supongo se usaron para traducir Hamilton.

El padre, Luis Miranda, ha asumido como celebridad la fama de su hijo, Lin-Manuel. Ha sido manifiesta la generosidad del padre e hijo con el pueblo puertorriqueño. Resulta difícil navegar estas aguas pos-María que oscilan entre el “le lo lai” quejumbroso ancestral y la obsesión con nuestra “resiliencia”, también a causa de la depresión colectiva con la crisis fiscal y la llamada diáspora. Alguien ha dicho en este conversatorio que hoy estamos más deprimidos colectivamente que después de María. Lo creo: Luis Miranda intenta dialogar con un chef de la diáspora de nombre José Alejandro y solo hay malas noticias, que si la gastronomía puertorriqueña en Nueva York es muy *fancy* y cara, que si pacatín que si pacatán en la onda del “esfuerzo comunitario”, la omnipresente “resiliencia”, ¡todos los cli-sés juntos si que deprimen!

Yo Yo Ma sube al escenario con una gorra de rapero, la bandera de Puerto Rico por el lado y una gran R sobre la visera plana, que supongo significa “Resiliencia”. De nuevo, se le nota esa exagerada cortesía oriental que evoca cierto servilismo colonial; quizás sea algo más genético que cultural, supongo, porque este es un chino estadounidense. Se ve mayor que en las fotos de promoción para sus conciertos y carátulas. Es de estatura baja, huesos pequeños. Es como una de esas poetisas anteriores al feminismo, que siempre usaban la foto del quinceañero para la contraportada. Ya tiene el rostro mo-fletudo, aunque su cuerpo insinúa la levedad de alguien de temperamento inquieto.

Cuando comienza su diálogo con Marianne Ramírez Aponte, directora del Museo Contemporáneo de Puerto Rico, hace referencia a una conversación que tuvo con el chef español José Andrés, ese filántropo falso, roba cámara, que cocinó para miles de puertorriqueños después de María y terminó pasándole la factura a Fema [Agencia Federal para la Gestión de

Emergencias]. El chef José Andrés es uno de los auspiciadores del Bach Project con su World Kitchen Center. Se reconoce nuevamente en Yo Yo Ma el afán por complacer. Porque, después de todo, ha cobrado más de trescientos mil dólares por tocar las seis *suites*, a razón de treinta mil por *suite*, ello así a un país que pasa por una crisis fiscal y vio uno de los más devastadores huracanes de su historia.

Se rumoró que negoció las seis *suites*, la sucesión de piezas —eso quiere decir *suite*— con un pulseo; en un momento no había suficiente plata para tocar las seis. Pero, aun así, vemos su deseo de situarse en la condición emocional del país, por lo que su conversación con el chef José Andrés fue sobre la universalidad del cilitanto, que es planta oriental y de cómo se ha convertido en un fenómeno de la cocina mundial. Si el cilitanto puede, nosotros, los puertorriqueños, los que cocinamos sabroso con recaó y cilitantrillo, también podemos lograr ser universales a través de nuestra identidad. Comenta que nos cambiaría el nombre por “Puerto we can”. El territorio ha sido marcado desde el principio: gastronomía y cultura, cocina e identidad según el chef José Andrés. Y someterse a esta agenda no es oportunismo de parte del gran violonchelista, sino que, como todo buen músico, sabe tocar de oído. La megaestrella se sitúa aquí entre la sabiduría alcanzada por sus años y la diplomacia, el gesto filantrópico y los honorarios exorbitantes. En sus amables, cuidadas y respetuosas palabras, en su deferencia al “esfuerzo comunitario” y “la resiliencia”, se evidencia ese esfuerzo por asumir las señas del país, justificar sus honorarios.

En un momento habla de cómo se entrevistó con los jóvenes del coro de Cayey para hablar sobre los estudios que siguen. Estaba sorprendido por la variedad de sus intereses, desde la química y biología hasta la sicología. Se desvive por comunicarnos que le importamos y que con todo ese talento, ejemplarizado en los muchachos del coro, todo nos irá bien. Nos habla de arte, lo define como “entender”. Aunque, eso sí, permanezca a un paso del clisé y a dos de una serenidad sabia, al tener sobre sesenta años y haber acompañado las cuatro estaciones de su vida con la ejecución de una música que pocos pueden dominar al nivel del gran arte que él ha logrado.

Me percató de un ramo de espigas secas y un alto tiesto de cristal que adornan el escenario. Los dos escenarios que ha visitado Yo Yo Ma han sido escuetos, zen, minimalistas; pero como estamos aún con el síndrome pos-María, estas espigas, puestas ahí, amenazantes, parecen salidas de la pelambreira y la devastación del gran huracán. Me formé en escenarios adornados con flores. Ahora recaló, suavemente, en escenarios con espigas secas, torcidas, y digo como Palés Matos en 1959: “¡Qué mundo más extraño me rodea!”. Y entonces es que ocurre lo imposterizable, lo que era necesario que ocurriera, la epifanía a cuatro manos: Melanie Cobb, quien fue estudiante de canto de mi esposa Ilca, hace la pregunta justa y necesaria: “¿Qué hay en la música de Bach? ¿Por qué tocar las seis *suites*? ¿Qué hace que la música de Bach sea única?”.

Yo Yo Ma abandona la autocomplacencia de ayudar y se adentra en su pasión, la música de Bach. Melanie Cobb le ha dado el prelude para establecer el temperamento de las variaciones, de las piezas propiamente. Según el violonchelista, la infancia de Bach, su orfandad a los nueve años, quizás le otorgó el don de la empatía por el prójimo —algo que a tantos presuntuosos artistas se les hace tan difícil,

admitido—, esa espontánea identificación con el resto de la humanidad, en otras palabras, su humanismo.

Melanie, mientras tanto, y devolviéndolo al tema recurrente del trauma nacional, le cuenta cómo las *suites*, sobre todo la quinta, la transportó la noche anterior al momento del paso de María. Ella escuchaba el viento desafiado en esa *suite* tempestuosa, oscura, quizás también la más apasionada. Y se me ocurre que donde está más presente Bach como artista es en los tempos lentos de las *suites*, las arias, las zarzabandas, música a mitad de camino entre lo majestuoso y una infinita tristeza por nuestra condición humana. Justo, nos dice el chelista, que la empatía musical de Bach ambiciona la objetividad pura, cómo el artista está en cada una de esas notas y a la vez permanece ausente. Esa empatía, y a la vez su deseo de objetividad, lo convierte en el tío sabio —quizás sabio y solterón— a quien le llevamos nuestra intimidad cuando somos incapaces de confesársela a nuestros padres. Hay empatía y a la vez perfecta distancia, en este arte que es entrañable y al mismo tiempo abstracto. Nunca se colocaba, él, en el centro de su música, que estaba dedicada a Dios, o al prójimo. Era un *helper*, según Yo Yo Ma. Para Melanie Cobb también fue, en el concierto de anoche, el “sador”, el *healer*, ya que objetivó en su música el viento, la ferocidad y la tristeza del mundo, a la vez que lograba aplacarlas con la belleza de esas danzas francesas compuestas por un alemán luterano. Quizás haya que buscar las formas más objetivas y distantes para expresar lo íntimo, lección para esos compositores puertorriqueños cultos que tan fatalmente recalcan en el seis y el mapeyé. Es como si Bach hubiese usado el mapeyé y el seis de andino para componer su música luterana, porque lo alterno quizás nos sorprenda por lo propio. La figura paternal, el tío amable en la cultura china y universal, es siempre ese viajero que ha llegado de tierras lejanas y aventuras locas para sentarse a escuchar con interés nuestra quejumbrosa condición humana. Eso terminaría haciendo el gran chelista.

El vente tú

Sería como explicar la teoría de la relatividad en un *field day* de la República de Colombia, o amenizar con la sonata Hammerklavier de Beethoven el día de la fuga a Piñones. Si no fuera así, tan descabellado, pues sería un “mano a mano”, frase mágica para vender los elepé de mi adolescencia —Antonio Arcaño y Arsenio Rodríguez, Gerry Mulligan *meets* Stan Getz—, o en mi madurez cedé —Tito Punte con Eddie Palmieri, por primera vez—, una manera de parear celebridades musicales en la búsqueda de una vuelta a la popularidad. Pero esta propuesta sería la más insólita de todas: ¿cómo armonizar el virtuosismo de Yo Yo Ma con el basto rap-trap de P.J. Sin Suela, o el duro timbal metálico del loco de Pirulo. En eso consistirá esta convocatoria para la Plazoleta de Minillas donde se nos han prometido estos improbables encuentros musicales. Lo único que Yo Yo Ma comparte con Pirulo es el carisma; ambos capturan la atención de cualquier público con su mera presencia escénica, la simpatía y cortesía oriental hacen el resto en el primero, los *dreadlocks* y la gorra de visera plana con el P.R. son justo el acento de la segunda marca.

Ha pasado mucho tiempo desde que, en mi infancia, la idea de un chino era alguien con destrezas superiores para jugar el “yo yo”. Quizás esté fatalmente pasado, *passé*, para escribir esta crónica: si yo hiciera el chiste mongo de que no se trata de un Yo Yo Duncan sino de un Yo Yo Ma, ¿cuántos me entenderían?

Se dice que el viejo cascarrabias que llevamos adentro está mejor definido por el padre que por la madre. En mi caso ocurre todo lo contrario: mi padre era discreto con el prójimo; mi madre era satírica, más bien burlona. Por ejemplo, veo que el chef Fema José Andrés viene por ahí tumbando caña, avanza por la plazoleta como rompiendo las aguas del público, rápido, cual acorazado, para que llegue a tarima la celebridad principal. Y hay algo en ese celtíbero fornido y pipón que me evoca la rusticidad de la Madre Patria. Yo Yo Ma lo sigue apresurado con la sonrisa oriental y los dos tienen algo en la mano, son pequeñísimas porciones de paella —¡degustación!— que el chef José Andrés ha ordenado preparar, en su enorme carpa del World Central Kitchen, para los convocados a esta fiesta popular en la plazoleta de Santurce. Ahora todo es surreal, lo que vi era hiperrrealista: Yo Yo Ma con su gorra R de Rapero, Rico Resiliente, comiéndose de prisa la minipaellita, la sonrisa siempre a flor de labios, no obstante la malograda cortesía oriental cuando echó la diminuta porción en el primer zafacón que encontró camino a la tarima.

Suben a la tarima. Los recibe el maestro de ceremonias Braulio Castillo hijo. Después de mucha algarada y vocerío, Yo Yo Ma presenta a un grupo de bomba y plena de Loíza que se hace llamar Brabante y su tribu. Para mi rápida puesta al día: no solo Pirulo usa el mote de La Tribu para referirse a su *bandón*. Esta tribu de Abrante sueña duro, los tambores tronantes solo se suavizan con el remeneo de las mujeres en el público. Se me hace difícil caracterizar al público: hay gente de alta, media y *starfucking* cultura que saludo; pero el grueso es un público cangrejero, santurcino, clase media trabajadora, muchas camisetas y gorras de los Cangrejeros de Santurce, una identidad que se proclama en esta plazoleta que, de manera misteriosa, todavía parece ajena para una comunidad en dispersión y fuga. Es un público maduro, las mujeres no deberían estarse remeneando de esa manera, con sus carnes ya pasado su mejor momento, algunas de esas abuelas defendiéndose del sol con pamelas; pero esa es, justo, la voz de mi madre pequeña burguesa pueblerina que me ocupa, la intromisión de la genética en el tardío oficio del cronista. Son puertorriqueños de mediana edad y clase media tratando de ser felices, o pasarla bien, ¡por el amor de Cristo!, en los tiempos depresivos de María Jaresko. Controla tu fiera condición, controla a la madre para que merezcas a tu padre.

Estoy al final de la cabuya, sobre todo porque ya apenas tengo curiosidad por los detalles. Caracterizo al público, y ya. Por otro parte, he cumplido con el proyecto MA/MANN de ejecutar/escribir en mi juventud sobre entierros, cruces a nado de bahías, conciertos de salsa playeros, en mi madurez sobre catástrofes humanas como Cerro Maravilla, las convocatorias machistas en torno a Iris Chacón, ahora en mi vejez sobre esos huracanes que devastaron el paisaje de mi infancia, o este chelista inquieto con traperos y salseros sorprendidos, o simplemente perplejos. Debo confesar que no sé si dure tanto sobre esta inclemente plazoleta, esperando el Godot de un mano a mano de Yo Yo Ma con Pirulo. A pesar de mi gorra Lacoste, busco la sombra: “*Be cool*. Coge por la sombra”.

Encuentro un sitio con poco sol, aunque con gran ventolera. Del cercano mar sube esa ventolera de las tres de la tarde que arropa a todo Santurce y Miramar en esta época de cuaresma. Amenaza con levantar las carpas, desluzce esa lección en el uso de las banderolas que un joven intenta darles a unos

niños, al lado de la inmensa carpa de la Fundación Flamboyán de los Miranda, cuya consigna “Amo leer” ya vi en la camiseta negra del chelista. Se trata de ventear banderines de muchos colores, y no tengo la curiosidad suficiente, o la energía, como para preguntar por qué esos niños quieren pasar por ese trabajo, o el instructor por la frustración de enseñarles a ondearlas en este viento. Estas fueron las ventoleras repentinas que mataron a Karl Wallenda, el 22 de marzo de 1978. Son ventoleras súbitas, y de corta duración, evocación de las ráfagas de doña María.

Según el tío-chef José Andrés, todo nuestro esfuerzo debe estar puesto en la sustentabilidad alimentaria. Eso está presente en la plazoleta por todos lados, lo mismo que esas artesanías puertorriqueñas que cada vez me resultan más feas. La sustentabilidad alimentaria pos-María, y el reclamo de este chef de darle de comer gratis a miles de puertorriqueños, ha dejado esa estela de *food trucks* —*rolling canteens* en el Último Trolley, “cantinas rodantes” de la benemérita marginal de la Bal-dorioty— por todo el paisaje urbano sanjuanero, una mezcla de los descubrimientos de la necesidad y la necesidad del joseo para buscarse un billete en la economía de la crisis fiscal.

Deambulo. He perdido el foco. Pero, de repente, como aparición, veo ese *food truck* con una bucólica escena marina pintada en la parte de atrás, al lado de la puerta que da a la cocina. Es una playa idílica, identificada con un rotulito como la de Vega Baja, la otra mitad de la canción que escuchaba en mi infancia, interpretada por el Trío Vegabajeño. “La playa de Vega Baja y la Mar Chiquita son dos encantos de ensoñación”... Una gaviota, allá un velero, en primer plano sillas y sombrillas playeras. Los tonos del mar están perfectos: van del crema verdoso de la playa y la arena a un azul casi añil en el horizonte. En un promontorio que recuerda el de Vacía Talega se levanta el cocal; acá, en primer plano, siguen volando las gaviotas; fondeando ahí en el marullo permanece el velero. A la izquierda, al final de un embarcadero entablado, sobre pilotes, el barandal tendido con gruesas sogas, aparece la parejita en actitud de grajeo, saludada por más gaviotas y a la izquierda por más pencas y palmares. Se trata de la idealizada escena playera, para mí ese arte naif ya perdido, la decoración ensoñada, playera o campestre, que por primera vez reconocí como género pictórico en los bares de la Avenida 65 de Infantería; es mi *petite madeleine* conducente a la recuperación de cafrelandia. Pensé que ese género había desaparecido... Una joven sale de comprar una ensalada de mariscos. Le advierto que la ventolera le puede volar el tostón que acompaña la suculenta porción. Soy el tío objetivo de que hablaba Yo Yo. Ella me mira con la hostilidad Me/Too. ¿Qué habrá entendido?

No sé; veo mujeres jóvenes por todos lados con esos labios color rojo carmesí que Alexandria Ocasio-Cortez [AOC] —la socialista más celebrada en el mundo entero— ha popularizado por las redes sociales, a la manera retro, como invocar en su Cámara de Representantes aquella Lolita Lebrón que tiroteó ese mismo hemicycle en 1954; es el detalle historicista que alcanza la década en que me crie, esos labios tan rojos de boricua chula, lo mismo rebeldes en la provocación que conocedores de nuestra historia nacionalista. El lápiz de labios, de la celebridad boricua más sonada después de Lin-Manuel, debe usarse de noche, me asegura una amiga que también se ha fijado en el detalle. El AOC lipstick “Beso, by Stila” se retrotrae al Lolita Lebrón *look*, su azoro desafiante cuando los guardias irlandeses la sujetaban en las escalinatas del Congreso Federal, escena ya camino al olvido.

Desfallezco en esta plazoleta de Minillas. Siento que para mí todo ha terminado. Además, me siento en un banco. Golpea duro el sol, la ventolera vuelve el aire más soportable y, de momento, como una especie de alucinación auditiva, escucho la melodía del Ave María Bach/Gounod en Fa mayor, tocado *a capella* en el violonchelo. Es un momento de casi quietud que promete la magia, hasta la locura, de lo improbable. El P.J. Sin Suela anuncia que compuso aquel rap después de la devastación causada por María. P.J. Sin Suela es un chamaco flaco, con enorme sere-ta afro, la camiseta de rayas azules resalta sobre el pantalón negro; usa tenis. Por lo flaquito, si usara chancletas Nike calzadas con medias blancas, juraría que recién salió de un “hogar” para almas extraviadas. Comienza el rap. Yo Yo acompaña —atento a P.J., luciendo su gorra resiliente y proclamando con su camiseta negra que ama leer—, sin perder el ritmo en el *comping*; cuando se muestra inseguro, hace lo que haría cualquier músico que escucha a otros músicos, recupera el compás con el guitarrista, que está pendiente de él. Se atreve entonces a un largo solo sin desfallecer rítmicamente, finalmente le devuelve letra y ritmo a P.J. Sin Suela. Y esta entrega, de vuelta al rapero, después de haberse recompuesto con la ayuda del guitarrista, es algo de asombro. Se prueba así la suprema importancia del ritmo en cualquier música —el rap-trap es un fenómeno musical principalmente rítmico— y evidencia el hecho de que las *suites* de tío Bach están compuestas según los ritmos de danzas francesas. Era en esto que insistía don Pablo: aunque no fueron compuestas para para ser bailadas, en ellas está el espíritu del baile alegre, de esos jóvenes remeneándose y perreando, para disgusto de mi difunta madre.

Toda esa evocación de las *suites* todavía está allí, en el oído, en la memoria rítmica, en los dedos; fue la clave para acompañar al joven rapero. Se oye la

ovación. Se levantan al unísono los celulares para fotografiarlos. P.J. abraza al virtuoso, él saluda a cada uno de los músicos, el acento ya no de su cortesía oriental sino de la solidaridad en el oficio. Por un momento es un músico entre otros músicos, un respiro de tener que tocar en cinco continentes y de corrido, además ¡de memoria!, las seis *suites* de tío Bach. Yo Yo Ma es esa rareza, algo insolito, ese alguien que no hace el ridículo fuera de su especialidad.

Me quito. A Yo Yo y a Pirulo los veré en el canal National Geographic. Tengo 73 años, Wallenda se escocotó a esa edad y he permanecido al sol por casi

cinco horas. No quiero morir con los *skechers* puestos, pero antes de retirarme me pregunto —con aquel Cortázar que escribió equivocadamente sobre un Charlie Parker mafuero en vez de opionómano, y que quiso ser trompetista de jazz además de cuentista— Yo Yo, ¿qué es? ¿Algo de extrañeza oriental prevalece en su temperamento? ¿Es un cronopio rodeado de famas, o una fama que rezuma la esperanza del cronopio?, ¿o es el leprechaum?, ese duende con el oficio de zapatero, el gnomo del bosque, un poco esquivo, que recoge los frutos de su oficio a la vez que nos guía sus travesuras. ☺



Palmas

por CAROLINA SANÍN

I.

Un brote
y el asombro:
otro rostro que sale de mi rostro.

El tallo tierno, el agua clara,
la pluma, el hongo, el trébol
han quebrado la ladera,
la mejilla,
con el pico de su imagen.

Las cosas se presentan,
se clavan en el cielo
rompientes en el aire y en el ojo.
La curva de mi centro
se aparece en lo que quiero
y lo desvela.

Cada retoño es eje de la tierra.
La suave punta verde
nacida con la noche
fuera del ojo y de la luz,
oculta a los cristales,
raja el plomo del reflejo
y se anima y se revela
en el espejo bocabajo.

Todo brote es del sueño.
Es el sueño de las cosas, estallado.

Surge la potencia vegetal, vibrando;
ese subir,
esa alegría
que junta arriba con abajo:
la firmeza.
Un lazo es lo que brota:
antena, pie, serpiente, cuerda.

También la voz retoña:
el ladrido, paso del corazón
al cuerpo —bomba—,
y el trino que deshace al pájaro
redondo,
flecha de su círculo,
límite de la vida palpitante
en su templanza.

El tallo detiene el mundo y lo sostiene.
Es el día de la noche.
No es ahora, ni después, ni un rato,
ni es la hora convenida,
ni dice el cumplimiento.
Es el saludo permanente.

Mira ese retoño de palmera:
árbol del tiempo
deseado
con su puro peine
que será estrella entre neblina.

jardín de pólvora,
esperarte,
oro de oro.

La visión viene de las raíces,
de las leyes de abajo,
de los muertos.

De mí voy yo subiendo.
Tu cara se hace de la mía cerrada.
Si no hay luz,
cuando desvío mi rayo,
tu cara es la flor de mi fantasma.

Del corazón la sangre se disipa
y hace el otro día. El pájaro
que ruge
su hambre nueva
es el día;
no la mañana de la claridad luciente,
sino la profunda, el ala desbocada.

¿Y el humo?
Se eleva sin querer.
No se ha plantado;
ha quedado,
no ha crecido
y ya no estuvo.

II.

Alguien baja por el sueño:
nadie. El desconcierto.
Las flores son cabezas de animales,
de un mismo animal todas.
Pomos de las puertas
que me alumbran.

¿Las mujeres? Árboles. Hojas
desprendidas de la aguja de las hojas,
van de reino en reino,
saltan.
La montaña es una mella en un anillo;
es la espalda, el peso
que de isla en isla
entra callando.
Y la brizna, espada en esa espalda.

Pongo un punto que florece
como caen
las semillas
de los cielos
a los pozos.

Ven.
Ven por donde suena.

En todo lo que oigo
estoy durmiendo.

Lo que no es brote es la gota
que llegó y que no recuerdo.
¿Dónde estuve?
¿Qué llovía?
¿Cómo me formaba?

Asistí a la máquina y la mina.
Mis dedos fueron el asomo
de las palmas.
Hundiré el dedo
en el techo:
mi mano metida en todo,
picándolo
como una campana.

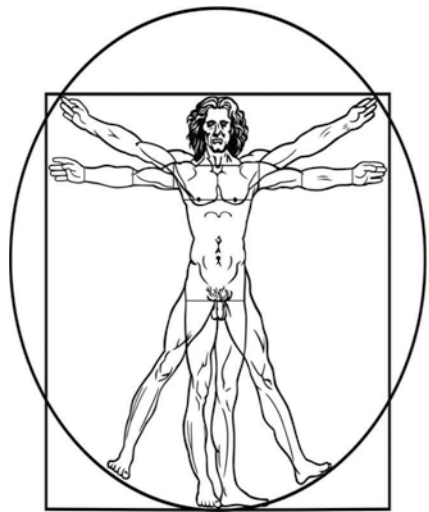
Y lo que no es la gota
—la lágrima, la lluvia—
son los huesos,
los rasguños
que dejan los planetas,
el palo,
el palmo,
el puma,
las vueltas de la espuma.

Vinimos a ordenar las partes:
cada hueso con su hueco,
y entre hueso y hueco,
el gusano,
su susurro.

Hemos visto las flores
que juntan y separan
a los vivos de los muertos;
las flores duraderas:
los dientes en la boca;
las flores parecidas:
la rótula
—la fruta—
roturada por la espina
—la yema encima de la tecla—.

Cuando se detengan
los arados que el sol muestra
sobre el calor y el frío de las piedras
diremos
qué se dice dónde:
el tambor y no la historia.

¡Que se encienda!
y veamos recogidos,
juntos, arrancados,
arriba, caer el agua,
y abajo, el verde que se tuerce.
Los túneles llenos, los caminos recorridos,
los torrentes
entre las cosas que se hablan sin oído
y la brisa. ☺



VICTOR AGUDELO E.

Medicina alternativa

Manejo del dolor
agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
vagudelo@hotmail.com

Siempre escapista. Ladrón de bancos en sus primeras portadas. Contrabandista por caminos varios. Narco por mérito propio. Socio fundador de una mafia que conserva su liderazgo. Un bautizo de pólvora para Medellín. Quinta entrega de la serie Medellín lado B.

Ramón Cachaco



por JUAN FERNANDO RAMÍREZ ARANGO

Fotografías: Archivo Universidad de Antioquia

América, de donde, junto a alias el Mono Caldas y el Cejón, disfrazados de policías, sustrajeron 137 mil pesos. Sin embargo, según *El Colombiano* del 18 de julio de 1973, gracias a su amante saldría de la cárcel de La Ladera rápidamente: “Su compañera, de solvencia económica, le consiguió los mejores profesionales del derecho y fue poco tiempo el que permaneció detenido”. Poco tiempo de detención que sería suficiente para que Ramón Cachaco coincidiera en La Ladera con don Alfredo Gómez y trabara amistad con él. Sí, don Alfredo Gómez, alias el Padrino, millonario contrabandista de cigarrillos, electrodomésticos, whisky, telas y porcelanas, cuyo poder sería descrito en *La parábola de Pablo* en estos términos: “Lo recibían casi como jefe de Estado cuando visitaba Panamá, Honduras y El Salvador, países donde tenía grandes inversiones. En Colombia le hacían venia los políticos y los generales, que incluso le prestaban sus soldados para escoltar sus caravanas de contrabando y para que sirvieran de albañiles en la construcción de su casa en el barrio Santa María de los Angeles, en El Poblado”. En *Familia, la novela amor*al de *Antioquia*, se dice que el Padrino simpatizó con Ramón Cachaco por su “servilismo de camarero”. Le simpatizó tanto que, al salir de La Ladera, lo vincularía a su organización contrabandista. Momento en el que Ramón Cachaco bajaría su perfil delincuencial, a tal punto que, cuando reseñaron su muerte, *El Tiempo* y *El Espectador* omitirían esa etapa, saltando directamente de la anterior como ladrón de bancos a la siguiente en condición de narcotraficante: *El Espectador*: “Desde hacía años había dejado de figurar en las planas policivas de los periódicos como autor de atracos bancarios y se había dedicado al tráfico de drogas”. *El Tiempo*: “Tomó parte en varios asaltos bancarios y uno perpetrado contra la Transportadora de Valores, entidad a la cual robaron casi un millón de pesos con saldo de varias víctimas. Últimamente Ramón Cachaco se había vinculado a una banda de traficantes internacionales de droga”. Tendrían que pasar veintidós años para que, el 25 de julio de 1995, a través de un artículo titulado

“Adiós a los grandes capos”, *El Tiempo* incluyera esa etapa omitida en la hoja de vida criminal de Ramón Cachaco y se supiera que, entre ladrón y narco, había sido contrabandista: “Un tronco importante del narcotráfico proviene de los contrabandistas. En los años sesenta la organización más importante la dirigía Alfredo Gómez, llamado el Padrino... De ese grupo se desprendieron personas que se vincularon al tráfico de cocaína. De ellas la más notoria en la primera época fue Ramón Cachaco, un activo atracador de la ciudad, proveniente del mundo camaján, que se vinculó a las mafias de contrabandistas y de traficantes. Al momento de su muerte en 1973, contaba con la infraestructura necesaria para importar base de coca de Ecuador y exportar cocaína por la vía de Panamá utilizando empresas ficticias”.

Posdata: Diez años después de la muerte de Ramón Cachaco, en “Un fin de semana con Pablo Escobar”, crónica de Juan José Hoyos escrita en 1983, pero que solo saldría a la luz veinte años más tarde, en la edición 44 de *El Malpensante*, el *capo di tutti capi* lo recordaría así, después de que dicho periodista le dijera que quería escribir un libro sobre los inicios del narcotráfico en Colombia: “Entonces vas a tener que contar la historia de Ramón Cachaco y de todos esos asaltantes de bancos de los años sesenta. Ellos fueron los primeros pistoleros. Muchos de ellos trabajaron para don Alfredo Gómez, el Padrino... Para hablar de Ramón Cachaco hay que contar que asaltaba bancos él solo, a punta de pistola, y que siempre usaba vestidos de paño verde y zapatos blancos, y que le gustaba montar en carros Ford y Chrysler de rines cromados... Cuando evocó al bandido, Escobar recordó un asalto en el que se escapó de la policía armando un bochinche espectacular, tirando billetes a diestra y siniestra por las calles”. Un párrafo después de esa evocación el *capo di tutti capi* le haría esta propuesta a Juan José Hoyos: “Cuando íbamos por el camino, Pablo Escobar dijo algo que me dejó helado: —Escribí el libro. Salite del periódico. Yo te doy una beca”. Ese libro, sin embargo, nunca sería escrito.

La Pesada

A diferencia de lo dicho por Pablo Escobar, Ramón Cachaco no asaltaba bancos él solo, sino, según *El Espectador* del 18 de julio de 1973, como una de las cabezas que lideraba La Pesada, la banda que “atemorizó por mucho tiempo a la capital antioqueña con sus osados asaltos, especialmente a bancos”. La otra cabeza de La Pesada era Néstor Trejos Marín, alias el Mono Trejos, quien al momento de la muerte de Ramón Cachaco era prófugo de la justicia, lo que lo había condenado en consejo verbal de guerra a treinta años de prisión por el secuestro y posterior asesinato de don Diego Echavarría Misas, septuagenario filántropo de Medellín, hijo del cofundador de Coltejer. El Mono Trejos se había escapado de la cárcel de La Ladera el 8 de diciembre de 1972, según *El Patrón: vida y muerte de Pablo Escobar*, “entre unos bultos de hilaza, y cuando de su rastro nada se sabía, fue detenido en Nueva York con tres kilos de cocaína”. En ese libro, al igual que en *Medellín, tragedia y resurrección*, se especula que Pablo Escobar participó en dicho secuestro y que, por lo tanto, pertenecía a La Pesada: “En los corrillos del hampa se dijo siempre que Escobar había sido uno de los protagonistas del plagio de don Diego, que era hombre de confianza de Trejos y que ahí comenzó su larga carrera de secuestrador y miembro de las élites del crimen organizado. También decían que esa fue una de las primeras demostraciones de su habilidad para eludir a la justicia. Desde entonces se le bautizó como el Doctor Echavarría”. Más allá de esa especulación, lo cierto es que, como señaló *El Espectador* el 18 de julio de 1973, con la huida del Mono Trejos y con la muerte de Ramón Cachaco “desaparece casi totalmente la triste-mente célebre banda La Pesada”.

La grafica capta momentos que la plana mayor de la policia a la cabeza del coronel Jorge Guerrero Mantoya, comandante de la Division Antioquia, conducia hacia la ultima morada el cadaver del agente de la policia Francisco Enrique Muñoz. Este habia sido ultimado el domingo en la mañana en el municipio de Itagüi durante un atraco (Foto cortesía de Durán, para EL COLOMBIANO).

Los hechos ocurrieron en la tracción de El Poblado, calle 30 con la carrera 35. Allí se encontraba el dueño y varios de sus familiares cuando sorprendentemente aparecieron los individuos.

Julio Saldaña trató de escapar corriendo y lo acompañaron a golpes de cacha de revólver, la mismo que a un dependienteuyo.

Los bandidos lograron reducirlos a la impotencia y los amarraron. Luego de una registradora sacaron gruesa suma de dinero y se fueron.

Por último se dio cuenta que también en la zona suburbana del municipio de Yarumal, de tonio Mora Torres, de 20 años, quien huyó pero horas después abdominal ultimaron a Juvencio fue aprehendido por la policía.

El caso ocurrió durante un incidente que sostuvo con Agnelo Mora, de 20 años, quien huyó pero horas después abdominal ultimaron a Juvencio fue aprehendido por la policía.

El caso ocurrió durante un incidente que sostuvo con Agnelo Mora, de 20 años, quien huyó pero horas después abdominal ultimaron a Juvencio fue aprehendido por la policía.

El caso ocurrió durante un incidente que sostuvo con Agnelo Mora, de 20 años, quien huyó pero horas después abdominal ultimaron a Juvencio fue aprehendido por la policía.

El caso ocurrió durante un incidente que sostuvo con Agnelo Mora, de 20 años, quien huyó pero horas después abdominal ultimaron a Juvencio fue aprehendido por la policía.

El caso ocurrió durante un incidente que sostuvo con Agnelo Mora, de 20 años, quien huyó pero horas después abdominal ultimaron a Juvencio fue aprehendido por la policía.

El caso ocurrió durante un incidente que sostuvo con Agnelo Mora, de 20 años, quien huyó pero horas después abdominal ultimaron a Juvencio fue aprehendido por la policía.

El caso ocurrió durante un incidente que sostuvo con Agnelo Mora, de 20 años, quien huyó pero horas después abdominal ultimaron a Juvencio fue aprehendido por la policía.

El caso ocurrió durante un incidente que sostuvo con Agnelo Mora, de 20 años, quien huyó pero horas después abdominal ultimaron a Juvencio fue aprehendido por la policía.

El caso ocurrió durante un incidente que sostuvo con Agnelo Mora, de 20 años, quien huyó pero horas después abdominal ultimaron a Juvencio fue aprehendido por la policía.

El caso ocurrió durante un incidente que sostuvo con Agnelo Mora, de 20 años, quien huyó pero horas después abdominal ultimaron a Juvencio fue aprehendido por la policía.

El caso ocurrió durante un incidente que sostuvo con Agnelo Mora, de 20 años, quien huyó pero horas después abdominal ultimaron a Juvencio fue aprehendido por la policía.

El caso ocurrió durante un incidente que sostuvo con Agnelo Mora, de 20 años, quien huyó pero horas después abdominal ultimaron a Juvencio fue aprehendido por la policía.

El caso ocurrió durante un incidente que sostuvo con Agnelo Mora, de 20 años, quien huyó pero horas después abdominal ultimaron a Juvencio fue aprehendido por la policía.

El caso ocurrió durante un incidente que sostuvo con Agnelo Mora, de 20 años, quien huyó pero horas después abdominal ultimaron a Juvencio fue aprehendido por la policía.

“La habilidad de estas gentes llega a tal extremo, que lograron engañar a Ramón Cachaco, hombre de vasta experiencia en estas cuestiones y de agilidad pasmosa, tanto que ni siquiera le dieron tiempo de desenfundar su Beretta de nueve milímetros”. Y es que lo sorprenderían mientras estaba mirando un documento que sería atravesado por una de las balas: “Cuando Ramón Cachaco se doblegó y cayó para morir a los pocos segundos, quedó con tal documento en la mano”. Era un documento en blanco que, al final, tenía dos sellos notariales: “Seguramente se trataba de algún hecho delictivo que se pretendía llevar a cabo”. Nueve días después se sabría que estaba firmado por Isabel Uribe de Villegas, responsable de la Notaría de Segovia, y por Luz Estela Restrepo Restrepo, quien “no aparece por parte alguna”.

En el bolsillo de la chaqueta le encontrarían otro documento, una carta especial de recomendación firmada por un representante a la Cámara que *El Colombiano* se abstendría de identificar: “Iba dirigida a un consúl de determinada capital del país, pidiéndole le ayudara a este, pues se proponía viajar a Nueva York. Ya sabía que no debía permanecer por más tiempo en Medellín”. Por esos días antes había puesto en venta su posesión más preciada, un Chevrolet Corvette avaluado en 1 300 000 pesos, o sea en unos 847 millones de pesos de hoy. Según *El Espectador*, Ramón Cachaco dejaba una fortuna estimada en alrededor de cinco millones de pesos.

Posdata: El Nissan Patrol de placas distópicas, propiedad del mencionado Argemiro Rodríguez, diez días antes, el 6 de julio de 1973, había estado presente en el lugar de unos hechos por poco fatales, esto es, en el semáforo de San Juan con Carabobo: “Paró la marcha el Nissan Patrol en espera de la luz verde. Allí iban Mario Osorio Ossa, alias el Largo Mario, y Argemiro Rodríguez. Desde una motoneta en marcha, dos individuos hicieron descargas de arma de fuego, logrando hacer blanco en el Largo Mario, a quien le atravesaron la mandíbula”. El Largo Mario, anteriormente ladrón de bancos y por entonces contrabandista, sería trasladado de urgencia a la clínica Soma, donde, tras ser sometido a una intervención quirúrgica, el parte médico lo declararía fuera de peligro.

Motivos y autores

En “El bandido amigo de los nadaístas”, relato de Jaime Espinel publicado en 2009, en la edición 17 de *Ciudad: Revista de asuntos urbanos*, y posteriormente, en 2019, incluido en el libro *Nadaísta bandido*, se dice que a Ramón Cachaco lo asesinó Antonio Medina, alias Toñilas, “ladrón robinhudezco de bancos y un seductor de colegialas y mujeres en general... En uno de sus ingresos a la cárcel de La Ladera fundó, como todo buen lector anarquista, la biblioteca Fernando González, dentro del penal”. Según Espinel, Toñilas tenía una cuenta pendiente con Ramón Cachaco y dos de sus hombres, quienes lo invitaron a saldarla en Alí Bar, “un umbrío estadero con bosquecillos de bambú e iluminado por tímidas luces de neón en la autopista sur, cerca al aeropuerto Olaya Herrera”. La invitación sería hecha telefónicamente: —¡Vení al Alí Bar pa que nos matemos! — lo retó Ramón Cachaco.

—¡Esperáme que ya voy, gran hijueputa! —y Toñilas colgó el teléfono.

Cuadras antes de llegar al sitio pactado, Toñilas se percató de que los dos hombres de Ramón Cachaco lo estaban esperando en la carretera para emboscarlo, entonces se bajó del carro y buscó una ruta alternativa que lo llevara a Alí Bar. ¿Cuál? La canalización del río, “que corría de sur a norte a menos de una cuadra del bar de encuentro”. La recorrió y, al cabo, cruzó la autopista sur hasta la parte trasera de Alí Bar. Entró, se escondió en los bosquecillos de bambú y sorprendió a Ramón Cachaco: “Toñilas, incapaz de matar a un hombre por la espalda, gritó: ¡Aquí estoy, Ramón Cachaco hijueputa! Ramón Cachaco se levantó y dio la cara empuñando un revólver, pero las pistolas de Toñilas lo arrojaron contra la mesa con sus impactos. Los escoltas, al oír los tiros, salieron disparados en busca de su jefe, pero Toñilas los recibió a plomo. ¡Así era

el hombre!”. A lo mejor así era Toñilas, pero, si se contrasta esta versión de los hechos con la del apartado anterior, o sea con la de los periódicos, así no fue la muerte de Ramón Cachaco, quien, por ejemplo, no fue asesinado al interior de Alí Bar, sino al interior del Nissan de placas distópicas en la estación de gasolina aledaña a ese establecimiento. Además, antes de que lo mandaran a dormir el sueño eterno, Ramón Cachaco no iba acompañado por dos escoltas, estaba solo. Luego, es evidente que Espinel se tomó muchas licencias literarias en el mencionado relato.

Seis años después de la publicación del relato de Espinel saldría a la luz, en 2015, *Familia, la novela amor*al de *Antioquia*, de Jairo Osorio Gómez. Allí, finalizando el capítulo sexto, mientras se narran unos hechos muy ajustados a la versión de los periódicos, se dice que a Ramón Cachaco lo asesinó un tal Jairito, también conocido como Jairo Metra, que se desempeñaba como entrenador de sicarios. Jairito, al igual que Toñilas, alcanzaría su objetivo tras deslizarse por la canalización del río Medellín: “Ramón esperó sin descender de su Nissan. Despreocupado, miraba entretenido una escritura que ya tenía las firmas del notario y los sellos correspondientes, pero con los espacios del comprador en blanco. La música estridente de la radio no lo dejó escuchar la llegada de Jairito, que se deslizaba indiferente por la canalización. Mirándole a los ojos vació el proveedor entero de su ametralladora Ingram MAC-10, con balas 9 mm. La sorpresiva presencia del intruso no le dio tiempo a Ramón para sacar su pistola de la gaveta del carro”. Un párrafo después se cuenta que acerca de la muerte de Ramón Cachaco se tejieron tres versiones: a) Que lo mandó a matar su amante de siempre, alias la Sin Calzones, pues Ramón se iba a casar a fin de mes con una bailarina del Ballet de Medellín. b) Que lo mandó a matar el Padrino cuando descubrió que Ramón Cachaco era el extorsionista que le remitía cartas anónimas en las que lo amenazaba con secuestrar a su hija Teresita. c) Que lo mataron los contrabandistas en medio de la guerra que libraban en Medellín por el mercado del Marlboro. Ninguna de estas tres versiones, sin embargo, coincide con la que publicaron los periódicos en aquel entonces, esto es, que se trataba de una venganza entre narcotraficantes, reseñada así por *El Espectador*: “Fue al parecer su muerte una consecuencia del extravío de un reciente despacho de cocaína. Las autoridades indicaron que Ramón Cachaco fue eliminado por sus propios compañeros de mafia”. El único denominador común de las cuatro versiones, por lo tanto, la impunidad.

El asesino de la moto

En una conversación que sostuvo Germán Castro Caicedo con Pablo Escobar en 1987, y que sería publicada siete años después, el 7 de noviembre de 1994, por la revista *Cromos* bajo el título “Las balas que matan en Colombia”, el *capo di tutti capi* coincide con la tercera versión tejida sobre la muerte de Ramón Cachaco, esto es, que lo asesinaron los contrabandistas en medio de la guerra del Marlboro, cuando inundaron las calles de Medellín con esos cigarrillos. Promediando el artículo Pablo Escobar cuenta que, en 1972, Ramón Cachaco, a quien llama “el más teso de Antioquia”, ya era un narcotraficante independiente que traía personalmente la coca del Ecuador en su avioneta monomotor: “Su avioneta fue la primera aeronave que salió de este país por droga. Todo le pareció tan fácil que volvió y volvió y se hizo cada vez más rico”. Riqueza acelerada que, sin embargo, no sería suficiente para que Ramón Cachaco dejara atrás su pasado reciente en el mundo del contrabando, como expondría Pablo Escobar en una suerte de cátedra exprés de microeconomía del mercado negro: “Salía el cigarrillo al mercado y como la saturación en las esquinas era cada día mayor, aumentaba la competencia, el precio se iba abajo y todos perdían plata. Entonces vinieron los primeros balazos. Como consecuencia, esto se puso candela y estando Ramón Cachaco ya en el negocio de la coca, fue muerto por haber andado metido antes en el negocio del cigarrillo”. Los detalles sin filtro de esa versión, según *Familia, la novela amor*al de *Antioquia*, son bastantes simples,



a Ramón Cachaco los contrabandistas de turno le tendieron una trampa clásica, lo atrajeron hasta las inmediaciones de Ali Bar con el canto de una sirena con sed de *vendetta*, que le puso una cita en ese establecimiento: “Para la cita perentoria se prestó la viuda de Evelio Giraldo, a quien Ramón le tiraba los perros sin ningún escrúpulo después del asesinato de su marido”. Y ya se sabe cómo terminaría la su-puesta cita, con cinco caricias de 7.65 y 9 milímetros en la cabeza de Ramón Cachaco. Ahora bien, ¿quién era Evelio Giraldo? El 28 de septiembre de 1972, un día después de haber sido borrado del mapa, *El Colombiano*, en un artículo titulado “Asesinado a quemarropa un contrabandista”, lo describiría así: “La víctima fue identificada como Evelio Antonio Giraldo Gutiérrez, de 26 años, cédula de ciudadanía número 33.117 de Medellín, de donde además era oriundo. Según los primeros informes estaba vinculado a una organización dedicada al contrabando”. Pasadas las siete y quince minutos de la noche, en la calle 55 con la carrera 51, o sea en Perú con Bolívar, dentro de su flamante Thunderbird del 63, evaluado en 350 mil pesos, Evelio Giraldo sería asesinado de “cinco impactos de arma de fuego en la cabeza con orificio de salida en su mayoría y desplazamiento de masa encefálica”. ¿Los motivos? “Se trata de una venganza entre una organización de contrabandistas y elementos que trafican con narcóticos”. Motivo que confirmaría Pablo Escobar quince años después en su conversación con Germán Castro Caicedo: “Ese fue el primer muerto de la coca. Anótelos porque es una historia que no sabe nadie en este país”. Y así lo había hecho saber *El Colombiano* el 25 de julio de 1973: “Desde ese momento, cuando cayó abatido a tiros en la cabeza Evelio Antonio Giraldo Gutiérrez, un miércoles 27

de septiembre de 1972, irrumpió fuertemente la mafia en Medellín”. ¿Quién lo mató? Según esa misma edición de *El Colombiano*, el asesinato de Ramón Cachaco estaba vinculado con el de Evelio Giraldo: “Se afirma que el caso de Ramón Aristizábal tiene mucho que ver con la muerte de Evelio Giraldo”. Tanto tenía que ver una muerte con la otra que, en *Familia*, la *novela amorosa de Antioquia*, se dice que a Evelio Giraldo lo mató Ramón Cachaco: “El primer muerto por ajuste de cuentas entre la mafia de Medellín se le endosó a Ramón. Ocurrió el miércoles 27 de septiembre de 1972. En vida respondía al nombre de Evelio Antonio Giraldo, otro contrabandista joven asesinado dentro de su carro... Cachaco lo baleó sobre seguro con su instinto criminal, desde una moto Lambreta azul en medio de la calle concurrida”. Además, dos párrafos más adelante, se añade que así, con ese hecho fatal, se inauguraba el sicariato en Medellín, o, lo que es lo mismo, que Ramón Cachaco fue el primer asesino de la moto de esa ciudad. Sin embargo, tres testigos citados por *El Colombiano* no refirieron ninguna moto, pero sí a un supuesto asesino de gabardina negra con la solapa levantada para cubrirse el rostro, que huía a pie por Barbacoas con dirección a Palacé.

Posdata 1: En *Medellín, tragedia y resurrección* también se considera que la muerte de Evelio Giraldo fue la primera perpetrada por el asesino de la moto, y no se descarta la posibilidad de que Pablo Escobar hubiese tenido participación directa en el asunto: “Algunos han atribuido a Pablo Escobar la innovación, por lo menos en Medellín, de matar desde una moto, uno conduciendo y otro operando el arma. Según Escobar mismo, el primer asesinato de este estilo se perpetró en 1972 o 1973 todavía en el contexto de la guerra del

Marlboro, aunque a su vez figura como el primer muerto del tráfico de cocaína en la ciudad. La víctima fue Evelio Antonio Giraldo, asesinado con balas tipo Dum-Dum... Si se lee con atención lo que ha dicho Escobar al respecto, no se puede excluir la posibilidad de que él mismo hubiera participado en la eliminación: “...Mire una cosa. A mí me tocó ver, por ejemplo, cómo fue la matada del primer hombre desde una moto”.

Posdata 2: En “Company Town”, polémico artículo de la revista *Rolling Stone* publicado en abril de 1989, que sería amenazado de demanda por Juan Gómez Martínez, por entonces alcalde de Medellín, se dice lo siguiente sobre Pablo Escobar con respecto al asesino de la moto: “Lo supe por dos detectives de la policía en Medellín, que habían hecho la tarea de investigar a los sicarios. Escobar, dijeron los detectives, era en su tiempo un sicario especial. Fue pionero en el método de matar que hoy es una marca registrada del sicario: el asesino de la moto, muerte desde la parte trasera de una motocicleta, mientras otro conduce. Escobar era un experto en cualquier asiento”.

Posdata 3: En la conversación que sostuvo con Germán Castro Caicedo, Pablo Escobar dice que el protagonista de esta historia murió con gesto de alegría, esbozando su habitual sonrisa de camaján: “Le dieron en el momento en que estaban echándole gasolina al Nissan Patrol, con el pasacintas a todo volumen, bailando salsa en el piso. Y cuando cayó, porque el primer balazo lo mandó de culo para atrás, así de poderoso es el impacto de esa bala recortada, no quedó con un gesto de dolor, ni de miedo, ni de tragedia, mi hermano: Ramón Cachaco quedó sonriendo. Quedó, como decían entonces, con la salsa que escuchaba en ese momento untada en la cara”. ☹

Medellín en los ojos

por ELIANA CASTRO

Fotografía: Juan Fernando Ospina

Parecemos una comisión médica examinando la radiografía de un paciente o un corrillo de chismosos ante un accidente de tránsito.

—Yo esa no la entiendo.

—¿Qué habrá querido decir el fotógrafo?

—Yo ahí veo desigualdad.

—Pille el título: *El amor en los tiempos de la prisa...*

Al frente, sobre una malla insustancial, dos grandes fotografías desvían la atención de los caminantes. En la primera, unos papás se dan un tierno beso en un bus a espaldas de un niño que duerme profundamente; y en la segunda, una pareja joven con un bebé en brazos observa a una mujer encapuchada que lleva el torso desnudo, apenas pintado con una consigna: Libre, linda y loca.

—A esa se le ve más el sentido, ¿no? Revolución.

—Es una mujer pidiendo libertad.

—¿Y eso es arte?

—¡¡Oobvio!! La persona que tomó esas fotos estaba sintiendo con el corazón, demás que tenía un recuerdo y que tales...

—¿Pero saben qué? Esa gente es muy fea. Somos muy feos, parece.

Entonces las carcajadas interrumpen la seriedad de la contemplación, y los pelados —Miguel Arcángel, Juan Esteban, Karen y “Miembro Globo”, de séptimo y noveno de la Institución Educativa Gimnasio Guayaques— siguen su camino por la carrera Córdoba, entre Ayacucho y Colombia. Mientras unos se van, otros llegan. Al mediodía, decenas de colegiales impecables forman las filas para entrar a su jornada escolar en el Cefa. Algunas llevan circuitos eléctricos en las manos, otras están concentradas en sus audífonos y otras más reparan las cuatro fotografías grandes pegadas en el muro café de la institución.

—A mí me gusta esa de la muchacha tatuada, a la que solo se le ve el cuerpo. La gente dice, “Uy, esos tatuajes tan feos”, pero esa es su forma de expresarse —dice Manuela, una mona de décimo.

—Esas fotos son liberadoras —asegura Camila, también de décimo, con los ojos clavados en la imagen de una cantante de rock—. Todas están liberándose de sí mismas.

A Darío, quien cada vez vende menos papitas fritas porque las jovencitas prefieren el mango o los afiches de una banda de pop coreana, le gusta la de una jovencita que aparece rodeada

de camiones en Barrio Triste, porque allí lleva a arreglar la olla freidora. A las doce y quince, suena el primer timbre y la puerta del colegio se abre. Las estudiantes ingresan una a una, al ritmo de las buenas tardes incandescentes y las reprimendas de una profesora. Antes de que la calle quede vacía, dos Valentininas —una morena altísima, estudiante de once, que quiere estudiar derecho y otra de pelo corto, estudiante de noveno, que sueña con ser fiscal— lanzan más comentarios sobre las fotografías.

—Estas imágenes muestran lo que la mujer puede hacer hoy. Esa que tiene tatuajes y el botón del pantalón desabrochado me gusta porque los hombres



dicen que nos violan por cómo nos vistamos, y no, eso no les permite nada.

—Además son cuerpos normales... Yo admiro mucho la que tiene el reflejo de la ciudad en las nalgas de Botero.

—Yo de quince pedí una cámara fotográfica.

—Ja, pero esas cámaras son muy caras, amiga.

—No me importa, quince son quince.

Desde el primer taller de daguerrotipia que abrió el pintor Fermín Isaza en la calle Boyacá en 1848, siguiendo por los gabinetes de los hermanos Vicente y Restrepo, los numerosos estudios de la calle Colombia hasta los retratos desprevenidos en Junín, el Centro es el destino fotográfico de Medellín. A través de nombres como Benjamín de la Calle (cuyo estudio estaba ubicado cerca de la plaza de mercado), Melitón Rodríguez (con sus fotos del teatro y del parque Bolívar) o Gabriel Carvajal, dice Juan Luis Mejía, vimos a la plaza principal convertirse en parque republicano, al taller artesanal transformarse en taller industrial y al artesano en obrero.

Tantísimos años más tarde, la fotografía sigue siendo una manera de recorrer y rearmar la ciudad con los pies y con los ojos. “Unos ojos que no solo permiten ver sino comprender”, dice Egda Ruby García, decana de la Facultad de Artes de la Fundación Universitaria Bellas Artes (Fuba). Detrás de esas fotos urbanas, expuestas entre el pasaje Cervantes y la Casa Barrientos, están quince instituciones educativas y culturales (encabezadas por el mismo Bellas Artes) no solo pensando en impactar en la estética sino especialmente en la reflexión de lo que somos. Todas esas imágenes, tan propias, tan callejeras, unas más inquietantes que otras, tituladas en su conjunto *Ciudad*

a flor de piel, exponen la desnudez femenina que se elige, los intestinos de la urbe, los héroes con pies de barro, los cuerpos hechos a imagen y semejanza de Medellín.

“Cuando uno se pregunta por la historia del cuerpo en este país y en esta ciudad, piensa en violencia, pero también en resistencia”, dice Sol Astrid Giraldo, curadora. “Medellín es una ciudad que no te deja ser, que te controla, que no es amiga de los cuerpos, pero también una ciudad que te marca; tenemos a Medellín en la piel”.

Fotografías que son un viaje por los cuerpos fragmentados de Manuela Henao Restrepo, los autorretratos con Medellín en el cuerpo de Andrés Carmona, la mirada extranjera de Chris Horn y de Orlando Montes, los performances del colectivo El Cuerpo Habla cazados por Henry Agudelo o las imágenes de la Dany de Germán Arrubla. Fotografías que fueron motivo de tensión. El metro, por ejemplo, no aceptó colgar en la estación Pabellón del Agua la de un carrito de tintos en forma de vagón. Dos mujeres amenazaron con llamar a la policía y al alcalde si no descolgaban las fotografías de la fachada de Mimos, y un vecino debió prestar el balcón de su casa para montar la fotografía de un par de jovencitas saltando unas vallas. “Todas esas peleas hacen parte de la exposición. El espacio público no es tan público: tiene dueños, intereses, pugnas. ¿Qué hace uno? Acomodarse, dialogar”, dice Sol.

Sin planearlo, hago parte de uno de los recorridos de este circuito fotográfico. Apreciamos el homenaje al artista Jorge Ortiz, quien en los años setenta exploró el transcurso del tiempo a través de algunos elementos urbanos como las ruinas, los cables, los detritos,

las sombras. Entretenida en las fotografías y notas sobre nubes que Ortiz registró durante varios días para crear su obra *Boquerón*, pierdo a mi grupo de desconocidos. Doy una vuelta por la fachada del Palacio de Bellas Artes y encuentro dos fotografías más. Después de leer el nombre de una, sosteniendo el peso del pasado, sigo los pasos de un borracho que cruza la avenida.

En la esquina del Pequeño Teatro, Idaly me comenta que su fotografía más querida es la de Dany, la artista trans del Parque Bolívar. “Yo sé dónde vive ella, a cada ratico la veo en un balcón por allí”, dice. En la fotografía, la Dany aparece vestida con el traje de la Mujer Maravilla y los pies descalzos, mientras a su espalda una frase sostiene que con los siglos crecerá la gloria como crece la sombra cuando el sol declina.

Atravieso la carrera Córdoba, particularmente desolada a eso de las dos de la tarde, y le echo una mirada rápida al motel de la esquina. Cruzo la calle y me adentro en el pasaje Cervantes, donde sobrevive el último local de fotografía análoga de Medellín. Pero La Fotografía está cerrada esta tarde. Patricia y Nelson, me dirán después, tienen que cerrar por horas porque tienen mucho trabajo y si antes eran seis empleados, ahora solo quedan ellos dos; ya muy pocos conocen el proceso, los tiempos, los químicos del revelado. Me siento en una acera, bajo la escasa sombra de un mango y me dedico a observar: un edificio en ruinas de una fotografía, un grafiti que dice que la poesía vencerá, una cantante afro ensayando un coro, una pelada bailando reguetón mientras es grabada en un celular por una amiga.

Recuerdo entonces una frase de la exposición sobre Ortiz: la fotografía es lo que se lleva en los ojos.



Bebidas energéticas



Publicidad de Eliminol (1937).

Hubo un tiempo en el que el yerbatero y el farmacéutico confluían en un lugar común: la botica. Y por extensión, en el boticario. Este personaje, que no era un chamán pero tampoco un químico, fue un personaje fundamental en sociedades del pasado pues era una especie de puente entre el conocimiento ancestral y la técnica moderna. En una ciudad a la vez urbana y rural como fue Medellín por tanto tiempo, en cuya población los médicos de facultad no abundaban, los dueños de botica terminaban ofreciendo la solución para el dolor; para los males diarios: la consunción, el patatús, el colerín calambroso, la tontina, el

vértigo lila, el descagalete, el cólico miserere. Con sus polvos en papeleta o sus jarabes en frasquito, el boticario purgaba al lombriciente, espulgaba al niguatero, le devolvía el rubor a la empalidecida. Curaba, en fin, las cosas que padecía la gente de a pie. Tan importante era el boticario que por siglos en toda buena obra literaria o teatral hubo uno en el reparto. Y herramienta fundamental en su gabinete fueron los jarabes reconstituyentes: mezclas de todo lo conocido y de sabor almizclado y astringente para cumplir un único fin: alentar al desganado. El Confortativo Salomón y el Eliminol fueron dos

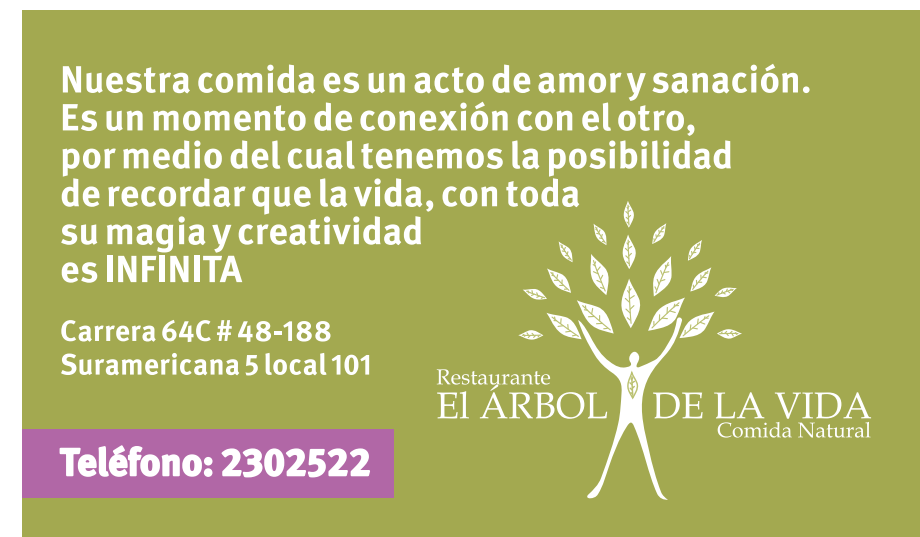
ejemplos de tónicos reconstituyentes que se comercializaron con mucho éxito en Medellín en el despunte del siglo XX, aunque para la época de estas fotos eran ya fabricados con todas las de la ley en los Laboratorios Salomón de Francisco Rojas, dueño de la Droguería Universal, que era la evolución de la botica de antaño. Decía la etiqueta del Confortativo Salomón: “Composición química fosfohemogenciokolarsenito”. ¿Qué significaba aquello? Tal vez ni el mismo creador lo sabía, pero en la línea de abajo el bebedizo prometía “restablecer las fuerzas y el color perdidos”. Y en aquel entonces eso equivalía a ir al hospital.



Confortativo Salomón (1942).



Laboratorios Salomón (1942). Fotografía Rodríguez. Archivo Fotográfico Biblioteca Pública Piloto de Medellín.





cinéfagos.net

cine colombiano, crítica de cine, comics, artes electrónicas,
artículos y ensayos, cuentos de cine, documentos

 /cinefagos.net

 @cinefagosnet

ciencia en bicicleta 

parque **explora**

BACTERIAS, INQUILINOS VISCERALES

SHOTS DE CIENCIA

Tómate unos shots con nosotros
mientras te contamos historias concentradas, fuertes, cortas y poderosas, en una noche de **música**, humor y persecuciones bacteriológicas que irán hasta tu boca que...tiene más habitantes que ¡Colombia!

Jueves 31
octubre/2019
6:30 p.m.

Auditorio Explora
Entrada libre

Invitados:
Efraín Rincón
Biólogo, magíster en Periodismo, teatrero y saxofonista

Esteban Pardo
Biólogo y microbiólogo, especializado en Bioinformática, astrónomo aficionado, productor de sonido y guitarrista.

Un evento asociado a próxima exposición sobre Microvida, de Parque Explora.

Sumanti

Fondo Educativo

Estudia blockchain, inteligencia artificial e internet de las cosas con el fondo de financiación Sumanti y súmate a la cuarta revolución.

Consulta cuáles son los programas y cómo puedes acceder para que empieces a estudiar ya.

Ingresa a:
www.fondosumanti.com

VIGILADO SuperSubsidio

Protección

rutaⁿ
MEDELLÍN
CENTRO DE INNOVACIÓN Y NEGOCIOS

comfama

sura
ASSET MANAGEMENT